Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

IMPRENTA MERCATALI
ACOYTE 271 — BUENOS AIRES

1924

Valentin M. Graciano

Leyendas
Aborígines

kaigüengüe (!), chamá, guaycuru, tape, etc.
&
La influencia jesuitica en las misiones

LEYENDAS ABORÍGENES

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

VALENTIN M. GRACIANO
Janeiro - 1933

LEYENDAS ABORÍGENES

Renato Nicolai

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES
RIVADAVIA 1573 — BUENOS AIRES
1924

PREFACIO

Pocos *sobrevivientes quedan de los aborígenes que habitaron el Chaco, el Paraguay y la Mesopotamia Argentina, y de su pasado mucho se ignora. Algunas armas, urnas funerarias, toscos instrumentos de labor, útiles domésticos, plata y oro labrados a cincel revelador de aptitudes singulares para la orfebrería, pobre cerámica, y telas hechas con fibra de chaguar, es lo que nos resta como exponente de sus industrias; pero tan débil muestra sirve como punto de arranque para marchar de deducción en deducción, hasta llegar al convencimiento de que en épocas mejores alcanzaron a poseer un grado de cultura, superior al que muestran en sus postrimerías.*

Como basta en la noche una claridad rojiza vista en lontananza para denunciar la proximidad del fuego, basta un rasgo del punzón indígena deteniendo la vida sobre la piedra, el asta, la madera, o la arcilla; o un brochazo de pintura, que es pincelazo de luz, para mostrar potencia creadora en los dominios del arte. Hemos tenido a la vista te-

las-labor de mujeres, porque los hombres eran guerreros y cazadores y despreciaban con el espíritu de nuestro medio-evo toda otra forma de trabajotelas, en cuyos dibujos priman las líneas rectas, guardando cierta analogía con las de los frisos egipcios, en cuya selección de colores, no obstante predominar en ellos el rojo y verde, y en cuyas combinaciones para la tonalidad, y audacia en las formas copiadas o inventadas, se descubren inesperados temperamentos artísticos, nada extraños si en cuenta se tiene el ambiente en que se revelaron. Era la vida fácil, pródiga en dones, la naturaleza esparcía sus beneficios evitando el trabajo material a los habitantes; flora y fauna incomparables, ríos caudalosos y de menor importancia, salpicados de islas cubiertas de vegetación exhuberante, cruzaban la heredad nativa, multiplicando espectáculos de maravillosa hermosura que dejaban grata impresión en las retinas, predisponiendo a los espíritus, por el hábito instintivo de comparar, a la selección de lo bello; y azuzaban la gimnasia imaginativa en beneficio de las facultades creadoras por ellos mostradas en las filigranas de sus joyas, y en los arabescos y formas de sus armas.

Poco se han preocupado los historiadores, al estudiar el pasado de esas tribus, en desentrañarlo sirviéndose de los restos de sus artes e industrias, hoy dispersos en algunos museos donde no provocan mayor curiosidad en quienes ante ellos desfi-

lan. Dedicaron preferente labor a investigar en la guerra de conquista, deteniéndose, quizá más de lo necesario, en sus episodios. Verdad que sobre esta base también debe hacerse la historia; pero sin descuidar la anterior, y aún así, por poco que analicemos aquélla, saltará a la vista la capacidad mental de la raza.

Y ya que de la guerra hablamos, oportuno es recordar, que la resistencia tenaz opuesta por los indígenas al dominio español, no fué por repugnarles la civilización, sino en defensa legítima contra el opresor. En las comarcas donde la conquista empleó medios pacíficos logró mayores éxitos, como en Misiones.

El peligro común fomentó la solidaridad de los aborígenes; surgieron de entre ellos los caudillos prestigiosos capaces de guiar a sus guerreros al combate, y lucharon valientemente contra el enemigo, siendo tal actitud consecuencia lógica del sistema empleado para atraerlos a la civilización.

Guerreros profesionales los españoles, no encontraron medio más adecuado para imponer su cultura, que el de someter. Siempre con el acero empuñado, ávidos de cosechar despojos, disfrazaron sus instintos de pillaje bajo el pretexto de propagar la fé, llevando la cruz en sus estandartes para mostrar hermanados, el derecho divino y el derecho de la fuerza, tan respetado aquél en esa época, en que su existencia no se ponía en duda por los aventureros de España. Las tribus pacifi-

cas, que en el primer momento los recibieran asombradas ante sus corceles de guerra y brillantes armaduras, brindándoles hospitalaria acogida, no tardaron en percatares de su error, y experimentaron las consecuencias en carne propia. Campando desde entonces por sus respetos, demostraron en guerra abierta, conocimientos no sospechados en ellos, una habilidad que dió al traste algunas veces con la tan pregonada de esos profesionales de las armas, emigrados de Europa en son de aventuras, padeciendo sed de oro que esperaban calmar en el Río de la Plata, como otros en los países soñados del Dorado, de Ofir y del Cipango.

Es indudable que sin las crueldades y rapiñas de los blancos, los aborígenes se habrían adaptado fácilmente a nuestras costumbres; pero las carnicerías que sufrieron, la esclavitud, el reparto de niños separándolos de sus padres — medida que hemos visto aplicar hasta hace pocos años a los tobas y tehuelches — y la ausencia de justicia para sus reclamaciones, fomentaron odios y mantuvieron latente el propósito de venganza, puesto en práctica cuantas veces les fué posible.

Los jesuítas, en el Paraguay y en Misiones, pudieron, empleando la dulzura en el trato, dar civilización por convencimiento, y catequizar tribus guaraníticas, para explotarlas en forma no tan inhumana en provecho de la comunidad. Prueba el grado de civilización allí alcanzado, el conjunto de ruínas que nos quedan de las antiguas reduc-

ciones, cuya destrucción acelera, más que el tiempo, la vegetación tropical que paulatinamente las invade.

Los documentos de la conquista dicen bien poco en favor de esos indígenas; son escasos y sus datos sospechables de parcialidad, pues provienen de una sola de las partes convertida en juez de sus propios actos; no deben por consiguiente admitirse como expresión fiel de los hechos. El tiempo, al transcurrir, se encarga de eliminar prejuicios y arrancar telarañas de los ojos; debemos hoy reconocer justificada la guerrera actitud de los aborígenes, porque se vieron perseguidos, expoliados y terminando la vida en el ostracismo o en el cautiverio. No sería otra la nuestra, si a título de más civilizados, o a cualquier otro título, naciones extranjeras quisieran imponernos sus costumbres, sus leyes y sus banderas.

Tampoco la tradición hablada pertúa mucho sobre la historia de esos primitivos; pero subsiste en cambio el idioma guaraní, que con modificaciones regionales en su léxico, vive en el Paraguay y en Corrientes, si bien, plagado de impurezas. Su vocabulario rico, teniendo en cuenta que nos referimos al habla de un pueblo incivilizado, basta para afianzar nuestro convencimiento sobre la bondad de prendas intelectuales de la raza; y si aún restaran dudas, nárranse también viejas leyendas, favorables a nuestra tesis, algunas de las cuales hemos recogido. A veces simples consejas, otras,

invcrosímiles historias en las que figuran en primer término seres de la fauna con el don de la palabra — como en los cuentos para niños — encierran bellezas originales, y por lo regular tienen un fondo nada común de moralidad. Oyese en casi todas ellas, la nota melancólica peculiar a la poesía de los pueblos por muchos años oprimidos, en los cuales el llanto de la esclavitud pone su quejumbroso eco en las canciones, como el rictus del dolor deja su sello inconfundible en las sonrisas de los vencidos; y ya surjan vibrantes y sonoros los acentos, rememorando victorias o destilando odios, ya se inspiren en la paz del hogar o en los más puros afectos, no brotan agua dulce que golpea con notas de cristal las piedras; se siente al beberlas, el dejo amargo de las lágrimas, y rumoréa su corriente en lontananza, los quejidos de la raza.

Pueblos cazadores que vivieron a la intemperie en lucha contra las fieras, debían también poner en sus historias el espíritu de Nemrod trasmitido con la sangre de sus antepasados, y el escenario de las excursiones cinegéticas en las que desarrollaban sus energías. La soledad y el silencio, cuando apostados ojeaban la pieza, debieron darles hábitos de meditar; el peligro continuo, ojo y espíritu avizores; y el espectáculo de la naturaleza, polícroma paleta donde tomar a discreción colores para vestir los seres creados por la fantasía, con los más soberbios y extraños ropajes. Poseyendo tal filón de riquezas no pudieron menos que explotarlo; y rica

la veta, y preparado el minero, la cantera dió bloques, y de ellos se labraron joyas literarias, muchas de las cuales, quizá las mejores, se han perdido. Quien las busque hará obra buena, y quien las encuentre verá compensado su trabajo por la satisfacción íntima que se experimenta despertando a la vida lo que parecía muerto. Resucitar es también crear.

13

YASÍ

(Tradición Guaycurú)

I

La joven india, de pié sobre una piedra de la orilla acariciada por el oleaje del río, inclinó el busto para ver más nítidamente su rostro reflejado en el cristalino espejo. Un momento quedó absorta en la contemplación de la propia belleza; llenó luego de agua el hueco de entrambas manos unidas, la esparció hacia lo alto para que los espíritus le fueran propicios, y preguntó a la corriente:

—¿Qué dices en tus murmullos que parecen el jadeo de tu incesante correr? ¿De dónde vienes tan murmurador y apresurado? ¿A donde vas, viejo río, deslizándote en ondulaciones de gigantesca sierpe?... Si bajas de las montañas, dime dónde el sol se oculta para sorprenderlo dormido y robar su brillante disco... quiero usarlo como diadema sobre mi frente. Y si vas —como dicen— al

gran mar de aguas amargas, detén la marcha un momento; las amarguras vienen sin buscarlas; ¿a qué correr a su encuentro?

"¿Pasaste quizá por las entrañas de la tierra? Háblame entonces de mis mayores cuyos huesos guarda. Sus espíritus ha mucho que emigraron al mundo desconocido, y viven allá en lo alto en perpétua cacería. Cuando el Norte sopla furioso, dice nuestra adivina, que las nubes negras por él empujadas, son manadas de ciervos huyendo de sus flechas, y los relámpagos sus astas luminosas; el bramar de las fieras se conoce en el trueno; su aliento es la tormenta que arranca de cuajo los árboles, destruye cabañas, arrebata vidas, y encrespa tus olas; la lluvia es el sudor de sus cuerpos; y cuando el rayo estalla, es que una pieza cae.

"Viejo río, no huyas; óyeme y contesta. Cuando marchas tranquilo, dices extrañas frases a los bosques de la ribera; yo no entiendo tus palabras; pero el rumor de ellas trae a mi oído lejanas notas de amorosas endechas que arrullan mis ensueños; suspiros angustiosos de amantes pechos heridos por el amor; voces entrecortadas de ardiente súplica expresada en voz baja, como por labios temerosos de divulgar un secreto. ¿Por qué sollozas en la bonanza y bramas en la borrasca, si posées las islas más bellas, y nada resiste a tus ímpetus? ¿Qué ánsias padeces? ¡Oh, viejo río, contesta...

"Porque eres antiguo como la tierra, y el caudal de tu experiencia debe ser tan rico como el de tus aguas, heme llegado a la orilla para implorarte. He perdido la alegría, marchitos están mis labios y con lágrimas mis ojos; una tristeza infinita cuyas causas ignoro, me consume; como tú, en mis soledades murmuro frases raras, mientras arden mis sienes y late mi corazón descompasado: yo lo siento como podría sentir el de una paloma aprisionada entre mis manos.

"Crea entonces mi mente seres fantásticos que la realidad luego desvanece. Jóvenes guerreros de mirar arrogante y altivo porte, vistiendo brillantes pieles, ponen a mis piés sus tributos de admiración a mi belleza, en joyas, plumas y tejidos. Cantores de lejanas tribus llegan a mi vera, y ensalzan mi hermosura arrojando flores a mi paso. Provoca mi presencia, celos en los hombres, envidia en las mujeres, en mis hermanos orgullo, y compasión en la vieja adivina de nuestra estirpe. Pero yo sufro; acaso Añá, el mal espíritu, me ha dado a beber su filtro mágico y emponzoña mi sangre que circula ardiente por las venas produciéndome esta ánsia inextinguible que no acierto a explicar y me consume... ¿No puedes calmar mis angustias, ni disipar mis tristezas?... ¿no me contestas, o no entiendo tu lenguaje?... Preguntaré al viento Sur!" Y la joven india retiróse mustia, sin entender que el oleaje en sus rumores murmuraba la palabra: Amor!

II

A lo alto de una barranca encaminó sus pasos, y dando la espalda al Norte, dijo a la brisa que jugueteaba en sus negras crenchas:

"Viento del Sur, perfumado en trebolares, que anuncias tu llegada en las tardes calurosas, refrescando las frentes; si al girar por la selva escuchaste el secreto de las flores en cuyas corolas brillan gotas de rocío al despuntar la mañana, o de aquellas pálidas, que al llegar la noche cierran sus pétalos para guardar sus perfumes y ofrendártelos cuando pasas, entregándose a tus caricias en cuerpo y alma, algo sabrás de sus males, porque ellas aman, y el amor hace sufrir. ¿Cómo encuentran alivio? ¿No conoces sus remedios?

"Viento del Sur que disipas las nubes en los espacios, ¿no podrías disipar también las que oscurecen mi mente?

"He contado al Paraná mis cuitas cuando pasabas rizando sus ondas, y el viejo padre de las aguas no ha querido responder; nada me dijeron sus rumores; siguió el camino murmurando su eterno monólogo.

Viento del Sur, fresco y perfumado en los trebolares lejanos, que oíste mis confidencias al río, ¿no podrían darte las flores de la selva remedio para curarme... ¿No me contestas?.... Preguntaré al fuego".

Y la joven india marchóse triste, sin entender que, gárrulo el viento, al pasar por la fronda murmuraba la palabra: Amor!

III

Y frente a la hoguera que teñía de rojo su moreno rostro, haciendo destellar luz en sus pupilas, dijo llorosa:

"Tu llama sutíl lame los duros troncos que al calor de esa caricia se consumen; así una llama interna me devora.

Crepitan al arder las ramas verdes como si se quejaran; también yo sufro y me lamento.

Vuelan al cielo las chispas, y apagadas se pierden en el espacio; así mis ilusiones van al país del ensueño, también encendidas chispas que se apagan al pasar por el país de la realidad.

Yo sé que el agua mata al fuego, pero ignoro si hay algo capaz de apagar el que en mis venas corre.

¿Lo sabes, acaso, llama azulada y roja, como girón de nube cuando la aurora llega? ¿No me contestas?... Preguntaré a la muerte".

Y la joven india fuese, sin oir, que hasta el crepitar de las ramas ardiendo, repetía la palabra: Amor!

IV

Bajo enramada de flores han colgado la hamaca donde Yasí duerme. Aguará, el cacique, así llamado por bravo y astuto, vela su sueño, ahuyentando con una rama de palmera los insectos molestadores. Sombrío pone el rostro al oir a la enferma delirar, presa de la fiebre. Un fatal presentimiento le anuncia la próxima partida de su hija Yasi, al gran viaje sin retorno, y dispónese a disputar su presa a la muerte.

Llama a la vieja adivina de la tribu cuyo rostro los años señalaron con extraños garabatos; ella conoce plantas de maravillosa esencia que curan todos los males.

—Si la sanas —la dice— todas mis riquezas serán tuyas; y si muere, también morirás en el acto. Y como prenda de mis palabras, te entrego mi penacho ante el cual se inclinan millares de guerreros; pero también preparo mi arco famoso, con el cual puedo clavar la flecha en el ojo de un carpincho a la carrera.

Tembló aterrada la adivina; sus piernas, débiles flaquearon, y cayendo de rodillas, exclamó:

—¡Oh sabio anciano Aguará! el dolor perturba tu mente: la ley que me impones es mala! ¿Qué dirán los guerreros nuestros de tu justicia, si me matas? ¿Acaso mi pobre saber puede oponerse a los designíos del Gran Espíritu?...

Yo haré cuanto pueda por salvar a Yasí; pero si muere, no podrás volverla a la vida derramando mi sangre. Ningún efecto hará a la enferma la raíz hervida de guaviyú, ni los retoños del ubajái machacados entre piedras, ni la piel de una ñacaniná, encontrada al borde de una laguna en el misterio de la noche, y puesta sobre su corazón.

"Sabe: que el mal no está en su cuerpo, sino en su mente: Añá ha ocupado su cabeza y hay que expulsarlo. En su locura, adora Yasí a un ser que solo existe en su fantasía... Reune a los guerreros, y a toda la gente tuya, y que griten y hagan ruído para que Añá se asuste y huya; es cuanto puedo aconsejarte."

Y llegaron indígenas hasta de lejanas comarcas. Hombres, mujeres y criaturas, rodearon a la enferma y prorrumpieron en alaridos salvajes insultando a Añá; los formidables ruídos hicieron emigrar a las fieras de los bosques; la baraunda infernal ensordeció a los indios; pero Yasí siguió consumiéndose por la fiebre.

—Ya viene —decía en su delirio— es hermoso, arrogante, amable... su penacho tiene plumas rojas como la sangre... es valiente, y tiembla si lo miro... brilla el amor en sus pupilas! Quiero robar el disco al sol, para recibirlo con el esplendor de una reina... sus rayos lo atraerán, como atrae el fuego de las hogueras a las aves del bosque... Quiero el disco del sol para

usarlo como diadema sobre mi frente en este día!..

—Mandaré a buscarlo — díjola Aguará.

—No, iré yo misma — repuso Yasí — ya voy! — y una sonrisa marcó su rostro pálido al expirar.

La tribú la lloró, enmudecieron las aves del bosque, las flores exhalaron sus perfumes al marchitarse sobre su seno, y el fuego, el viento y el agua, siguieron murmurando la palabra: Amor!

V

Partió siguiendo el sol y no lo alcanza, porque marcha tan rápido como ella; pero día vendrá en que la distancia se suprima. El amor alienta a Yasí, y no la invadirá el cansancio mientras aquél no muera. Por la noche podréis ver en lo alto su rostro pálido de muerta: nosotros decimos que es "la luna", pero los guaycurúes saben que es Yasí corriendo tras el sol para robarle su brillante disco, y adornar con él su frente, en honor del amante soñado.

EL YAHÁ

(Leyenda guaycurú)

"YAHÁ" y no "Chajá", como vulgarmente se dice en la provincia de Buenos Aires, es ave bien conocida, y no necesitamos por consiguiente ocuparnos de describirla ni de clasificarla. En guaraní tiene otra acepción más la palabra "yahá", significa "vamos", y es onomatopéyica del grito que esta ave dá, cuando incita a su pareja a alzar el vuelo. "Yahá" dicen todavía los paraguayos y los correntinos invitándose a partir. —¡Vamos!

I

Marchaba el joven guerrero por un sendero angosto del bosque, ora saltando con agilidad felina troncos de viejos árboles que le obstaculizaban, ora avanzando a largos pasos como si llevase prisa; y canturreaba a media voz:

—"Mi novia es joven, joven y alegre como un cervatillo. Cuando clava su vista en la mía escudriña hasta el fondo de mi alma y sabe lo que pienso sin que se lo diga. Yo no podría, aún queriendo hacerlo, apartar mis ojos de los suyos. Si ella quisiera, me comería, como hace el curiyú con los pajaritos. Si ella fuera curiyú, yo quisiera ser calandria.

Mi amada es morena como la greda del río. Débiles son sus fuerzas; pero si entrelazara sus brazos en mi cuello, no podría separarlos. La culebra ahoga la presa estrechando los anillos en que la envuelve; si ella fuera culebra, quisiera ser agutí, y me pondría a su alcance.

Sus ojos son negros, y en su fondo brillan dos lucecitas tranquilas, semejantes a dos estrellas en noche de tormenta. Nada alumbran dos estrellas; pero las de sus ojos, alumbrarán toda mi existencia.

Cuando los guaviyús vuelvan a dar fruto, y regresen de su viaje las golondrinas, pagaré diez pieles de tigre por mi novia, y nos uniremos; pero antes construiré nuestra choza sobre la barranca, a la sombra de un cedro gigantesco, y parecerá nuestro hogar, un nido de boyeros suspendido sobre el agua y retratado en su corriente".

Así cantaba el guerrero, marchando chuzo en mano, terciada una piel de ciervo sobre la espalda, ágil como un felino, y soñando despierto la anhelada dicha.

II

A la luz de la hoguera, avivada de continuo para imponer respeto a las fieras de la selva, los indios discutían a media voz, temerosos de ser oídos.

Tenían aspecto de guerreros escondidos a raíz de una derrota, en quienes el pánico no ha pasado; pero no era ésta la verdadera causa de sus temores. Un tigre cebado en carne humana hacía presa en ellos con frecuencia, y cuando efectuaban batidas para darle caza, no lograban encontrarlo; y si se aventuraban niños o mujeres en el bosque, no regresaban todos. La fiera elegía la víctima, la arrebataba, y se escondía en la espesura para devorarla. El temor se había apoderado de los hombres, y no se atrevían a recorrer los senderos del bosque en busca de miel silvestre, o fruto de algarrobo para el diario sustento.

La hermosa Cava (avispa), así llamada por estar dispuesta a clavar el aguijón de sus respuestas picantes a los requiebros, y ser rápida para el bofetón con que respondía siempre a toda intentona de caricias usando el sentido del tacto, contemplábalos con desprecio.

—Cobardes! — gritóles de improviso dejándose

llevar por su propia vehemencia — más que cobardes! — ya no hay guaycurúes capaces de matar un tigre? Cada día se oyen llantos en las cabañas; lloran las madres a sus hijos comidos por la fiera, y vosotros no os atrevéis a recorrer la espesura!...

¿No sóis los encargados de defendernos? ¿Por qué tembláis de temor ante el peligro de encontrar al yaguareté? Manejad el arco y el chuzo, o dedicáos a tejer ñandutí! Si os falta valor, confesadlo; iremos nosotras a cazar, y esperadnos con la comida hecha!

Os desprecio guaycurúes aunque corra por mis venas vuestra misma sangre! No me casaré con ningún hombre de mi tribu, porque son tan valientes como el tatú. Mi novio es tape, y no teme a las fieras: cuando regrese se burlará de vuestra fama de cazadores y matará al tigre sin pediros auxilio en la empresa.

Avergonzados quedaron los oyentes, gachas las cabezas, silenciosos.

III

En la entrada del camino que conducía al abra de la selva donde esta escena pasaba, apareció el guerrero tape, novio de Cava: llegaba al término de la jornada ansioso de ver a su prometida.

—Allá viene oportunamente el bravo — murmuró, mirándola con rencor, un viejo, a quien las invectivas oídas habían exasperado — dile que salga, si se atreve, en busca del tigre cebado.

Sonrió Cava desdeñosa, y dirigiéndose al tape, exclamó: El precio de mi amor será la piel del yaguareté, cuya ferocidad pone llantos y amargura en nuestros hogares. ¡Quién me quiera por esposa, traiga su piel!

Pálido se puso el índio aludido por su dama. Abrió los ojos en toda la amplitud que el pavor provoca, y contrajo los músculos del rostro.

Tembló a su vez Cava pensando en el ridículo que la esperaba ante los que había injuriado, si el valor de su amante, del cual hiciera jactancia, también flaqueaba: su indecisión causábale pena y vergüenza.

Y viéndole seguir irresoluto, le gritó: Yahá! (vamos), emprendiendo veloz huída hacia el centro del bosque, entre cuyos árboles desapareció.

Pero no iba sola; trás ella, sin abandonar el arma, volaba más que corría el tape: en la lucha entre el miedo y el amor, éste había vencido.

Yahá! — repetía Cava irritada, y, ¡Yahá! contestaba el indio siguiendo sus pasos, guiado por sus gritos en la oscuridad. Los ecos trajeron el último ¡Yahá! a los guaycurúes consternados, que aún miraban las tinieblas donde se perdieron los amantes.

*
* *

El rujido lejano del tigre les hizo detener en la marcha. Oído en el interior de una selva durante el silencio nocturno, hace crispar los nervios; estremécense los hombres y las bestias.

—Ha llegado el momento — dijo el tape, conteniendo la respiración jadeante — descansemos para obrar con bríos. Hicieron alto en un lugar del camino ámplio y despejado de malezas, donde la fiera no podía atacar a traición, a la espera de los sucesos; y como el rujido se oyera de nuevo más cercano, el tape lo hizo notar a Cava agregando:

—Ya encontró nuestro rastro y nos busca; si estuviera solo en este trance, sentiría más valor; el verte en peligro me amilana; súbete a un árbol donde estarás más segura, y no temas; a mi lado puedes estorbarme.

Dándose cuenta de la bondad de tales razones, siguió Cava el consejo, e internóse en la espesura hasta llegar a un gran algarrobo, en una de cuyas altas ramas se instaló, mientras el tape, firme en las cortas y musculosas piernas, ceñíase el cinturón, y envolvía en su brazo izquierdo el abrigo de piel sobada para ofrecerlo como cebo a las zarpas de la fiera. Parecía en su actitud atisbadora y a la luz difusa del alba, un ídolo

de barro inclinado para saludar a la luna próxima a hundirse tras el horizonte; pero su rostro no estaba lívido: reflejaba la expresión decidida de quien se encuentra dispuesto a jugarse arriesgando la vida, con esa serenidad propia de la grandeza de alma, que sólo puede mostrarse en la hora del sacrificio, y en holocausto a los grandes amores: la amistad, la mujer, la patria.

Cada vez más próximos se sucedían los rujidos del tigre; el quebrajéo de malezas y movimientos oscilatorios de los grandes arbustos, marcaban su andar cauteloso. Apareció al fin, agazapándose, la cabeza al ras del suelo, y husmeando el ambiente.

Estaba en todo el vigor de sus fuerzas, las mandíbulas fuertes y semi-abiertas, fosforescentes los ojos: era imponente, y justificaba el temor que por él sentían los guaycurúes.

Recogidas las orejas como gato irritado, arrastróse hasta quedar en descubierto, estudiando, al parecer, el terreno. No debió agradarle la posición estratégica elejida por el tape; bien se daba cuenta que no podía atacar sin encotrar frente a sus ojos el temible chuzo que empuñaba: su táctica era la traición.

Envalentonado el indio por la actitud indecisa de la fiera, hizo un movimiento provocándola al ataque, movimiento al cual contestó ésta con una marcha en retroceso, con la mirada fija en el adversario, arrastrándose hasta interponerse

entre él, y el algarrobo donde Cava se refugiara. Echóse luego en el suelo, batiendo lenta y acompasadamente el extremo de la cola.

Tembló el tape por la vida de su novia. Si el tigre, rehuyendo el combate, buscara refugio entre las zarzas que rodeaban el algarrobo, caería sobre Cava: no tenía tiempo que perder, y rápido lo acometió; pero la fiera dió un salto y guarecióse, como suponía, entre los arbustos.

Cava, agotadas las fuerzas, sintió relajados sus músculos, y decaer su espíritu al contemplar los preparativos de la lucha, y se reprochaba su propia ligereza por haber arrastrado a su prometido a tal aventura.

El tigre no había huído por cobardía; solo codiciaba manjar más apetecible que la carne del hombre. Cebado como estaba en mujeres y niños, con toda astucia evitaba un lance peligroso, y se acercaba al árbol donde su vista descubriera manjar más tierno y más fácil presa.

Hubiéralo buscado el tape entre las malezas; pero las voces de la india suplicándole que no se internara en ellas, hiciéronle detener. En el deseo de que no expusiera su vida, gritábale Cava, que el tigre había huído y que la esperase, cuando en verdad lo había perdido de vista, y creyendo poder reunirse con el tape sin correr peligro, dejóse escurrir hasta el suelo emprendiendo marcha apresurada a su encuentro. Fué su perdición: un grito desgarrador anunció al guerrero la caída

del tigre sobre la india, y corrió a protejerla; pero llegó tarde; encontróla ya bajo la fiera, desgarrado y manchado en sangre su tipói, las zarpas sobre los senos, como dispuesto a defender su derecho de posesión a quien venía a disputárselo. No se intimidó por el ataque ciego que le llevó su adversario, y breve fué la lucha: el chuzo atravezó el animal, y sus garras despedazaron las espaldas del guerrero, en cuya nuca quedaron marcados sus colmillos, muriendo ambos sobre el cadáver de Cava.

V

Al siguiente día, cuando el sol salió, observaron los guaycurúes que los cuervos, en sus vuelos, describían círculos concéntricos sobre un lugar determinado de la selva; fueron a ver si tenían festín de carroña o de carne fresca, y encontraron cerca del algarrobo los cadáveres de Cava, del tape y del tigre que se los disputaban las aves de rapiña. Recogieron los de ambos jóvenes para darles piadosa sepultura dentro de una urna de barro cocido que enterraron a poca profundidad, y celebraron luego una ceremonia fúnebre durante la cual, se insultó a Añá por haber triunfado el Mal sobre el Bien. El llanto de las madres les dió el último adiós, y los guerreros se ocultaron para derramar sus lágrimas.

El gran espíritu quiso premiar el sacrificio de estos amantes y para cumplir su propósito, pocos días después hizo llover copiosamente; salieron de madre los arroyos, y una gran sábana de agua cubrió la comarca. Cuando el tiempo cambió, y llegó la bonanza, los guaycurúes fueron a mirar si la tumba de los mártires había sufrido los efectos de la inundación, y no encontraron sus restos en ella, pero de allí vieron volar una pareja de aves hasta entonces desconocidas en al comarca, que al ajelarse, iban gritando: ¡Yahá! la misma voz con que se incitaban Cava y el tape en su carrera por la selva en busca del tigre cebalo. El gran Espíritu había obrado aquella transformación. Desde entonces los "yaháes" sus descendientes, viven en parajes solitarios, lejos de los árboles y malezas, y a la menor sospecha de peligro para ellos, gritan: Yahá! y alzan el vuelo.

CAAÍ-COBÉ

(Leyenda mbocobí)

ABUNDA en las orillas de los ríos y arroyos que corren sobre las planicies del Paraguay, Chaco y Corrientes, una planta que ha dado tema a diversas leyendas, propias de cada región. Los aborígenes de raza guaraní denomináronla "Caaí. Cobé, cuya traducción en castellano es "planta viva".

Una de las variedades ha sido clasificada por el doctor Ambrosetti, con el nombre de "Vergonzosa-Spegasini" en homenaje al sabio naturalista de este apellido.

Mata herbácea, familia de las leguminosas; sub-familia de las sensitivas; especie mimosa; de pocas hojas formadas por un largo peciolo con cuatro hojitas pinnadas y de diez y seis a veinte pares de foliolas. Cuando castigamos esta planta, o si el viento la sacude con violencia, se cierran sus foliolas juntándose cada una a la opuesta, so-

bre el nervio medio, prueba elocuente de exquisita sensibilidad.

*
* *

Baja el Mbocoretá torrentoso en épocas de creciente, y tal ímpetu llevan sus aguas, que a valientes nadadores amedrenta, y no intentan cruzarlo, temerosos de perder las fuerzas a mitad de la travesía y perecer ahogados; pero en épocas normales, es manso río con el cual hasta los niños se atreven, y en él se bañan y juegan sin correr peligro.

Cuando la primavera se aproxima, precédenla numerosas bandadas de aves acuáticas provenientes de lejanos países, que conocedoras de sus costas, se detienen en ellas, y entre sus juncales y malezas fabrican sus nidos. Vuelven entonces los silenciosos recodos del Mbocoretá, con el templado clima, a mostrar movimiento y vida; pueblan el aire gritos de las diversas especies de volátiles, ya saludando el amanecer, ya diputando alimentos o riñendo celos. Las bullangueras gaviotas vuelan durante el día rozando con sus alas la ondulosa superficie, de pronto aletéan deteniéndose un segundo sobre la cresta de las olas, y sin chapuzar, pescan con el pico alguna plateada mojarra, manjar codiciado por esas voraces insaciables que se reunen y giran chillando

en torno de la feliz pescadora tratando de sustraerle la presa. El "opá-caá" se pavonea magestuosamente en la playa repitiendo a intervalos su agorero grito "opá-caá" — "se acabó la yerba" — en el onomatopeyico lenguaje de los nativos, y por estos considerado de mal augurio; y los ariscos patos "siriríes", partidarios del orden, alzan el vuelo molestados por la algarabía infernal de las gaviotas, se alejan silbando, recorren en el espacio su volido en círculo, y regresan al río nuevamente.

A veces, los vientos huracanados quiebran ramas a los ceibos de carnosas flores rojizas que guarnecen las costas, y las arrojan al río; el oleaje luego las reune y entrelaza formando un camalote que marcha a la deriva con la corriente. Si algún "martín-pescador" en él se instala, diríase que es un melancólico Robinson de aquella isla flotante dejándose llevar a los abismos, poéticamente abstraído entre el verde follage de las ramas y el rojo purpurino de las flores; pero descubre casi a flor de agua un cardumen de transparentes mandubíes, y rápido se zambulle, elige entre los más pequeños, y resurge en la superficie para volver a su estratégica posición del camalote, atravesada en el pico y retorciéndose aún la viviente presa, o para refugiarse entre las flexibles ramas del "caaí-cobé", que oscilan bajo su peso cerrando con horror sus pudibundas hojas.

"Caaí-Cobé" dijimos, y recordamos la leyenda:

A orillas del Mbocoretá, o "pago de los mbocobíes" en castellano, sobre pintoresco recodo del río, donde empiezan los primeros bosques de palmeras, guayacanes y lapachos, en tiempo remoto, mucho, antes de la conquista, una tribu de los indígenas nombrados estableció su toldería, y en ella nació una criatura del sexo femenino, tan esmirriada y fea, que su padre dudó si debía matarla en el acto o dejarla criar. Quizá hubiera realizado su mal propósito, pero contúvolo el temor de ver agravada la enfermedad de la madre, quien habría defendido enérgicamente a la criatura. Poco satisfecho quedó con este aumento de familia, que dió a sus convecinos oportunidad de mortificarle con sus burlas: decían que su mujer había dado a luz una hormiga.

Isaú, que significa hormiga, apodaron a la pequeña, y le quedó tal nombre.

Su niñez fué triste, no obstante su carácter afable y tímido. Si ansiosa de participar en las alegrías infantiles se aproximaba a otros niños, era recibida con burlas o expulsada. Muchas veces la pegaron, y bajo la lluvia de bofetones de los más fuertes, no asumía más defensa que cerrar los ojos, replegarse en sí misma, y dejar correr sus lágrimas silenciosamente.

Fué el hasme reír de los grandes, o el coco de los chicos.

Educada en aquella escuela de sufrimiento, sin conocer más amor que el materno, llegó tarde a la pubertad. Raros malestares, desmayos, crisis nerviosas y palpitaciones frecuentes, padeció entonces.

Su estado psíquico, operó un cambio brusco en la modalidad de los suyos para con ella; empezaron a respetarla, y a no mirarla sin experimentar cierto temor, a pesar de su bondad reconocida, porque los médicos de la tribu afirmaban la existencia de un mal espíritu en su cuerpo. En procura de mejorar su salud, lleváronla cierta vez a la laguna Ipacaraí, cuyas aguas, según la tradición, poseían ocultas virtudes, esperando que al bañarse en ellas se produjera algún cambio en su persona: fué versión corriente que le saldrían alas como a ciertas hormigas, y que regresaría por el espacio hasta el Mbocoretá; pero si nada de ésto sucedió, desarrollóse notablemente su inteligencia, y acrecentó su fama de hechicera superior a los adivinos.

Contribuyó a cimentarla poco después, el hecho de haberse producido entre los mbocobíes, epidemia de viruelas, de la cual salió inmune, sin embargo de haber asistido caritativamente a cuantos enfermos pudo, ganándose por tal conducta el cariño de todos los indios, a excepción del de los curanderos, porque combatió sus procedimientos de correr a los espíritus malos con gritos para que con ellos se alejara el mal. No

creía en las resultados de ese sistema curativo, y sí, en la eficacia de algunas plantas medicinales cuyas propiedades benéficas había observado.

Desde entonces los mbocobíes tuvieron adoración por Isaú, cuyas bondades les sobró oportunidad de apreciar.

Siguió participando de todos los dolores agenos, sin ninguna alegría. Silenciosa presentábase donde era necesaria la salud del cuerpo, o enjugar lágrimas, ofreciéndo sus servicios desinteresados. Con su figura pequeña y deforme, por raro contrasentido con la general suposición de que lo feo y lo malo tienen parentesco cercano, entraba con ella a los hogares desolados, un hálito primaveral. Su rostro resplandecía sereno, melancólico, casi doloroso, al prodigar consuelos. Entretando los médicos o adivinos, veían decaer sus prestigiosos ante los de Isaú; sus negocios no prosperaban, y bien pronto la odiaron y tramaron su muerte. ¿De cuál arco partió la flecha que hallaron clavada en su corazón cuando la encontraron muerta a orillas del Mbocoretá? ¡No pudo averiguarse!

Junto al agua rumorosa donde paseara sus tristezas de niña, y a pocos pasos de la toldería por cuya felicidad velara cuando joven, transfigurada por la muerte, bella a pesar de su fealdad, fué enterrada; y sobre su tumba poco después brotaron las primeras plantas de "caaícobé", a las cuales dió savia con sus despojos.

Por eso es planta sensible al dolor, como fué ella, y como ella se replegaba silenciosa cerrando los ojos bajo la lluvia de bofetones de otros niños, así la planta sufre, se reepliega sobre sí misma y cierra sus foliolas cuando la castigan.

EL TIMBÓ

(Leyenda timbú)

Cambá - nambí, son dos palabras guaraníticas cambá, negro; nambí, oreja—.Los nativoos del Paraguay denominan Cambá-nambí (oreja de negro) a la semilla del timbó, árbol conocido con el nombre de pacará en las provincias del Norte. Su extraordinario desarrollo le permite destacarse majestuoso en la selva, y semeja su semilla, por la forma, una oscura oreja cuya vista hace brotar en la mente, expontánea, la comparación que justifica tal nombre.

I

Eran los timbóes o timbúes, como se les designa también, aguerridos hombres de la raza guaraní. Sus hazañas y crueldades contenían a los tobas en sus despradaciones sobre las costas del Pa-

raná contra tribus más débiles, y no menos ávidas de rapiña. En las cercanías del Taragüí, (hoy Corrientes) sentaron durante algún tiempo sus reales bajo el mando del temible cacique Timbó, cuyos ojos brillaban trás las pobladas y blancas cejas, con los fulgores siniestros que destellan los del gato montés acorralado por los perros. De sus correrías cinegéticas, y de sus luchas contra los hombres y la naturaleza, había sacado la piel ennegrecida por el sol tórrido y las intemperies, sin que se borrara empero de ella la historia de su vida, eescrita con puntas de flechas y con garras de fieras.

Siempre que pudo inmoló a sus prisioneros, cumpliendo deberes ineludibles impuestos por la tradición de sangre heredada de sus antepasados, y velando a la vez por la conservación de los suyos; su severidad de Jefe no le dió cosecha de cariño, pero sí de temor y respeto; y, si cuando llegado a viejo algunos le apodaron Cambáyaguá (negro perro), no lo decían donde pudiera oirlo. Pero sonó la hora en que por su avanzada edad y pérdida absoluta de la vista, fué exonerado del mando y relegado a la clase de "chusma": mostróse entonces invulnerable a la ingratitud, pagándola con desprecio.

A medida que el cuerpo del anciano se doblegaba bajo la gravitación del tiempo, su espíritu parecía adquirir mayor lucidez; plácida alegría expresaba su rostro, porque veía brotar de su

pasado negro y rojo, un rayo de luz pura como la del diamante surgiendo del carbón. Un tierno afecto vino a alumbrar con tibios resplandores su ocaso melancólico; el cariño entrañable a la más joven de sus hijas, nacida cuando los guayabos habíanle dado sesenta cosechas de dorados frutos.

Lazarillo de sus paseos fué, y no necesitaba del tacto para seguirla, porque entre los mil rumores de la selva sabía distinguir el rumor de sus pasos; escuchando su alegre charla, llamábala su calandria; y, si mimada y feliz la Venus cobriza, semi-desnuda, abrazaba al viejo, parecía una flor del aire sobre el añoso tronco de un algarrobo.

II

Las quince primaveras traen siempre a las jóvenes con las flores del bosque, ansias infinitas al corazón y extraños ardores a la sangre: a esa altura de la vida, el amor brotó como llama en el pecho de la joven, y a pesar de las precauciones tomadas por el anciano que presentía el peligro de su fuga, una mañana, angustiosa para él, y risueña para ella, el nido amaneció vacío: la calandria había batido las alas y emprendido el vuelo.

El dolor no le produjo locura sino una monomanía tranquila e incurable, como si en su ce-

rebro hubiera caído una lágrima candente de sus propios ojos levantando una ampolla. Permaneció como siempre, apartado y despreciando a sus exsúbditos; pero sufriendo la obcesión de encontrar a la hija ausente, pasaba el tiempo en las sendas del bosque aplicando su oído al suelo, como si esperara sentir en lontananza el rumor de las pisadas, de la que en horas inolvidables le sirviera de guía.

Una tarde no regresó de sus silenciosas excursiones, y algún tiempo después, fué encontrado su cadáver, tendido de costado, con la oreja aplicada al suelo como esperando oír algo.

Al ser levantado, desprendióse, y quedó adherido al suelo, — despojo humano luego abandonado — el pabellón auscultador de lejanos ruidos; y de él brotó una planta que los indígenas denominaron "timbó", para honrar la memoria del cacique.

Y añade la tradición, que cada rama del timbó dá, por semillas, negras orejas como las del viejo; y que éstas recogen los ruidos de la selva esperando oír entre ellos el rumor de los pasos de la hermosa india para trasmitirle en la otra vida la noticia, sabiendo que al recibirla, se levantará de su tumba, y marchará con inseguro paso de ciego hasta alcanzarla. Y parecerá ella, abrazada por el esqueleto del padre, una flor del aire entre las secas ramas de un algarrabo.

43

LOS MBOPÍS

(Leyenda guaycurú)

I

El águila ha sido, y es todavía, rey del mundo alado. Cuando alza el vuelo a las alturas disminuyendo en volúmen al parecer, según se aleja, hasta convertirse en imperceptible punto que se diluye en el azul del cielo, diríase que ebria de luz, marcha al encuentro del sol para caer ciega en su inextinguible llama. Y cuando majestuosa, serena, describe en los espacios grandes círculos, inmóviles y extendidas en toda su amplitud las poderosas alas, y escudriña la tierra en busca de carne palpitante para su festín diario, huyen al divisarla los reptiles buscando refugio en sus madrigueras, escóndense en la espesura las aves, y los agutíes tiemblan azorados, medrosos de sus garras y su pico.

¿A qué debe el águila ese poderío que le

permite imperar sobre los seres alados en el espacio y en la tierra? Los adivinos de las tribus bien lo sabían: hecha a semejanza de la "Gran Aguila" creadora del universo — según enseña la tradición entre los guaycurúes — debía, para honrarla debidamente, ser la más fuerte y majestuosa de las aves.

Los seres inferiores en la categoría de volátiles envidiábanla su poderío, y cegados por ambiciones de grandeza, tramaron una conjuración contra su vida, so pretexto de haber notoria injusticia en la distribución de dones a los seres creados. No encontraban principio de igualdad en el reparto de ellos, ni compensaciones niveladoras, y lamentábanse principalmente, de estar mal otorgados los derechos a la heredad del espacio. ¿Por qué el águila había de volar más alto? El espacio debía pertenecer a todos por igual!

La fauna de vuelo rasante con la tierra era la más activa agitadora, llevando con su propaganda decisión y entusiasmo a los más pacíficos avechuchos. Parece que en los más pequeños seres de la creación se desarrollara el ansia de mandar, en razón directa de su miseria fisiológica.

Tumultuosa asamblea encargada de fijar rumbos y aprobar planes ofensivos contra el águila, celebróse una tarde a orillas de un bañado. Presidíala el ñacurutú, elegido para el cargo en mérito a su gravedad sempiterna y aspecto de pensador taciturno, cualidad que también entre las

bestias hace sospechar sabiduría. Una bandada de teros distribuída estratégicamente, debía dar la voz de alarma a la aproximación de cualquier ave no afiliada a la logia, y capaz de denunciarla, o de interrumpir sus deliberaciones.

Como ocurre en las asambleas de numerosos congresales, fué prolongada y borrascosa la reunión. Oyéronse discursos incendiarios y soporíferos; el ñacurutú debió chistar más de una vez imponiendo silencio, y llamar al orden a los oradores; pero no se discrepó sobre los fines sino en los medios de realizarlos: la muerte del águila estaba previamente decretada.

Por desgracia de los conjurados, el loro, mortificado porque no se le permitía monopolizar la atención del auditorio usando y abusando de la palabra, retiróse del congreso; y como es parlanchín incorregible, fuese en busca de su comadre la urraca, no admitida en la reunión por sus antecedentes de ladrona, y repitióle cuando había oído, sin percatarse del peligro que entrañaba revelar el secreto.

También la urraca aprende a hablar, y es chismosa; y ya sea por vengarse del agravio recibido al ser rechazada como adherente al partido revolucionario, o por buscar el auxilio del poderoso— táctica propia de los aficionados a lo ajeno— comunicó al águila lo que ocurría, denunciando a los conspiradores. La noticia no puso a ésta en cuidado; tuvo en cuenta la pequeñez de sus ene-

migos, y sólo resolvió sorprenderlos reunidos para reir al verlos dispersarse despavoridos ante su presencia.

Pero no contaba con los centinelas teros, soldados que no duermen y cumplen su consigna, quienes desde los puestos avanzados dieron el grito de ¡alerta! denunciando el peligro, bastando su alarma para que la asamblea se disolviese sin que quedasen en el terreno más que los "mbopís", volando y tropezando entre ellos mismos, porque de día no ven: la luz los ciega.

El hornero habíase refugiado en su habitación de barro; y desde su ventana, viéndolos volar tan azorados, aconsejóles que fingieran estar muertos para engañar al águila y salvarse así del castigo. Siguieron la indicación, colgándose en fila cabeza abajo, y permanecienron inmóviles, clavadas las uñas en las ramas de los árboles, a la espera de su suerte.

Cuando el águila llegó al lugar de la asamblea, encontró aguada su fiesta. Sólo vió que con actitudes de adulón, se le aproximaba la urraca denunciadora de los conspiradores, quien le mostró a los murciélagos en la incómoda posición adoptada para salvarse. Esperaba que se arrojase sobre ellos y los ultimara; pero es por lo general cualidad de los fuertes el ser magnánimos, y sonriendo de la astucia usada por los "mbopís", limitóse a decir en alta voz a la urraca: "si alguno de éstos resucita, me lo comeré".

No han echado en saco roto la amenaza; y, como son cobardes, no salen sino de noche. Permanecen durante el día colgados cabeza abajo de alguna rama — aunque no falta quien afirme que tal es su manera de dormir — porque el águila vuela durante el día y, si los viera, podría cumplir su amenaza. Sin embargo, esperan que alguna vez, cuando ebria de luz se pierda en los espacios buscando llegar al sol, su claridad la ciegue, caiga en la zona del fuego y se consuma; entonces dejaran de simular la muerte y dormirán con la cabeza hacia arriba como los demás seres alados.

También ha sabido esto el águila por confidencias de la chismosa urraca; pero ansiosa de llegar algún día al sol, no tiene en cuenta a los murciélagos...

CARAGUATÁ

(Tradición de "agases")

La zona comprendida entre el río Pilcomayo y el arroyc Yabebijí, es de exhuberante vegetación. Arboles, cuyo desarrollo demuestran centenaria vida la cubren y entre el tupido ramaje prestan albergue a gran variedad de aves hermosas y de agradable canto. Del guayacán, o palo-santo, pueden admirarse allí las cuatro variedades, una de ellas resinosa y aromática, que, como el sándalo, perfuma el hacha que la hiere. Decían los aborígenes, y aún persiste la creencia en muchos nativos, que en sus flores de áureo color, depositaban sus huevos mariposas de obscuros matices en las alas, abundantes en la comarca, cuyas crisálidas, se alimentaban de los dorados pétalos, sin perjudicar la vitalidad, ni la reproducción de la planta: esas mariposas sabían que su vida sería corta; y presintiendo su fin después del desove, excavaban las propias sepulturas en el suelo, para morir soterra-

das, y servir con sus restos de simiente a nuevos guayacanes.

El caberá, designado con el nombre de "tipa", en otras regiones, y hoy aclimatado en Buenos Aires para ornamentar varias calles, y el caáberaibirá, o "sangre de drago", exsudan por las incisiones practicadas en sus troncos — como el iberá-payé o árbol de los hechizos — bálsamos medicinales famosos por las virtudes que la terapéutica indígena les atribuye.

El molle-bravo crece en forma de matorral: gruesos varejones brotan de sus raíces, y al entrar la primavera se cubre de hojas verduscas, largas y angostas, en cuyas extremidades se forma una hinchazón, roja al principio, que se descolora paulatinamente a medida que aumenta su tamaño. Unos pequeños coleópteros las perforan empleando la lanceta con la cual los ha armado la naturaleza, desovan en su interior, y tapan el orificio con la cera que segregan, para protejer sus huevos contra las inclemencias atmosféricas, hasta que producida la eclosión, y ya transformadas las larvas en alados insectos, hacen saltar el tapón, puerta de la cárcel, y salen despacio para extender al sol las entumidas alas, y apenas con fuerzas, se internan en la selva.

El iberá-caí, de madera fuerte como el hierro, usado por los primitivos en la fabricación de sus toscos implementos de labranza, y el ubirapitá, del cual hacían los salvajes flechas que aumentaban el escozor de las heridas, se yerguen, asaltados por el güembé, cuya semilla germina tanto en el suelo como en los viejos troncos y ramas donde cae, y en tal caso, bajan sus guías, arraigan nuevamente en tierra y vigorizada la planta, extiende sus largos cordeles, que se entrelazan, se enroscan, trepan y pasan de uno en otro árbol, o se arrastran en el terreno hasta los caraguatáes; pero sin invadirlos, como temerosos ante la guardia en que mantiene siempre sus duras pencas, rematadas en aguda y terrible espina, ya preparada por la naturaleza para repeler agresiones.

Tal es la tradición de esta planta:

En tiempos muy remotos, el carguatá no existía sobre la tierra. Abatiquí, guerrero de los agases, construyó su choza bajo un guayacán, y estableciόse en ella con Caraguatá, su esposa, y con Chañi, único vástago del matrimonio, aún de tierna edad.

No vivían los cónyuges en muy cordiales relaciones, y la cadena con la cual se unieron por la vida, más de una vez se hubiese roto, si el eslabón del hijo, fuerte en el amor de sus genitores, no la diera resistencia. La armonía en el hogar, no por esto dió ejemplo edificante al niño; ni el cariño en él sumado de sus padres, tampoco fué óbice para que se convirtiese en tiranuelo, que ejercitaba su poder defendiendo a la madre, cuando se producían explosiones de cólera en Abatiquí,

quien cedía a sus acprichos infantiles, no obstante ser de genio tan diabólico, que hacía esquivar su trato a los guerreros de la tribu. Era bravo, astuto y fuerte. Por egoísmo iba solo a sus partidas de caza y pesca. Había contestado en cierta oportunidad, a un amigo, quien amablemente se ofreciera a hacerle compañía, preferir la de los mosquitos, aun cuando chupaban la sangre; pero con quienes no estaría obligado a compartir el producto de su trabajo; respuesta que lo pinta moralmente.

Un día anunció a Caraguatá su designio de ponerse en marcha al clarear el siguiente día, hacia una lejana pesquería situada en tierras de los tobas, y dedicarse especialmente a matar nutrias. No ignoraba que iba a cometer un robo, ni el peligro al cual se expondría intentando la empresa. Los tobas vigilaban constantemente esa posesión, sabiendo cuán apetitoso cebo era para la codicia de los agases con quienes estaban enemistados: no perdonaban al cazador que lograban atrapar, haciéndole pagar con la vida el delito; pero el peligro no amilanaba a Abatiquí, sino que servía de incentivo a sus instintos sanguinarios y de pillaje, y empezó sus preparativos de marcha poniéndose a frotar con grasa, a fin de suavizarlo al tacto, su pesado garrote de lapacho.

Interesóse Chañí en la labor, y brillantes de entusiasmo los ojos, escuchaba atento las instrucciones de su padre. "Las nutrias — decíale aquél — se matan a garrotazos. Las noches oscuras son las

más propicias para cazarlas. Se enciende una hoguera en un hueco de la barranca, de manera que proyecte viva luz sobre una angosta faja de la ribera y del agua, y todos los bichos, nutrias, sapos, carpinchos, cisnes y patos, atraídos, se vienen a ella y se encandilan: entonces... palo y palo — agregaba — haciendo con el garrote los movimientos propios de la tarea."

Batió las palmas, Chañí, exclamando:

—¿Me llevas contigo?

Meditó un momento Abatiquí, y preguntóle:

—¿No tendrás miedo?

—No! — contestó el niño — Yo nunca tengo miedo!

Sonrió el padre, satisfecho de la respuesta, y le prometió llevarle consigo.

Saltando de alegría fuese Chañí a la choza para anunciar a Caraguatá, la nueva de su expedición, recibida por ésta con inquietud y disgusto. Ya encontraba temeraria la conducta de su esposo arriesgando la vida en campo enemigo, si bien sabiéndolo capaz de defenderse, o salvar el peligro con astucia, pero no quería transigir con la idea de exponer al niño en tales aventuras, y fuése a pedir explicaciones al esposo, protestando airada de su complacencia, para recibir por toda respuesta la orden de guardar silencio, y de permanecer al cuidado del hogar durante la ausencia de ambos cazadores, ausencia que sería larga.

Caraguatá, sabiendo cómo las gastaba su es-

poso y amo cuando se le molestaba, obedeció por el momento; pero haciéndose el firme propósito de seguirles en la incursión. Temblaba por la vida de Chañí, y afrontaría los resultados de su conducta, ante el poco amable cónyuge.

El amanecer de ese día, impacientemente esperado por el niño, fué luminoso y cálido. Al asomar el sol en el horizonte, la selva se pobló de rumores, chillidos de monos, zumbidos de insectos, parloteo de loros y cotorras, saludando la luz.

El Yabebijí en creciente, bajaba rápido arrastrando camalotes en sus bermejas ondas. La margen izquierda es baja y en ella desbordaban, emergiendo del agua, los ceibos de rojizas flores. La otra banda, alta, de barranca a pique, marcada por rayas paralelas, divisorias de las capas geológicas superpuestas, y de los diversos matices, correspondientes a su formación.

Iban en marcha los cazadores sin mostrar prisa, buscando sendas transitables bajo la umbría, cortando lianas de isipó, que se enredaban a sus piernas, y cambiando frases, ya sobre las probabilidades de éxito en la empresa, ya sobre la grandeza del espectáculo, o el canto de las aves, o sobre las virtudes medicinales de las plantas. Complacíase el indio en instruir a su vástago, que todo lo preguntaba, ávido de sensaciones y nuevos conocimientos, sin percatarse de que, siguiéndoles muy de cerca, teniéndoles a la vista, como perra

sobre el rastro, venía Caraguatá, afligida por extraño presentimiento de peligro.

Ya próximos al término de la jornada, el indiecito descubrió un nido de urracas en lo alto de un árbol, sobre el cual nido, la madre alimentaba a su polluelo. Pidió a su padre que lo esperase mientras él trepaba por las ramas para apoderarse del implume, concesión que le fué otorgada, recomendándole observar desde la altura el horizonte, en busca de humos denunciadores de campamentos de tobas. Agil Chañí, habituado como estaba a esta clase de ejercicios, llegó pronto a lo alto. Cumplió la orden de su Pader; no encontró novedad, se apoderó del pichón y descendió sin preocuparse de la urraca madre, que amenazante y chillona, revoloteaba en torno suyo reclamando la presa. Se dirigieron los viajeros hacia un timbo, divisado en lontananza, a cuya sombra proyectaron acogerse para dar cuenta del almuerzo y dormir la siesta, esperando a que calmara el bochorno del día. Seguíales en tanto la urraca, respondiendo con chillidos a los del pichón aprisionado en al mano de Chañí, quien, harto de oírlos, le arrojó contra el suelo, dejándolo muerto. Calló la urraca, y alzando el vuelo, juró vengarse. Rápidamente trasladóse al campamento de los tobas, y posándose en las ramas de un higuerón, los llamó para denunciar a los cazadores furtivos, incitándolos a su exterminio.

Trás breves deliberaciones, veinte guerreros

bien armados, más que corrían, volaban al encuentro de los dos agases, guíados por la urraca, sorprendiéndoles dormidos a la sombra del timbó. Aproximáronse a ellos en silencio, y ya encima, despertáronles armando infernal algarabía de gritos. Abatiquí no tuvo tiempo para intentar defensa: apenas incorporado recibió un golpe de maza y cayó con el cráneo destrozado. Chañí dió un salto, y sin amedrentarse, empuñó su garrote, repartiendo golpes a diestra y siniestra, cegado por la cólera. Posiblemente tal conducta fué la causa de su perdición. Por ser un niño habría salvado la vida; pero su resistencia enardeció a los tobas quienes lo ultimaron.

Entre tanto, el rumor de la lucha, y los gritos de los combatientes, habían llegado a Caraguatá, que acudió presurosa en defensa de los suyos; pero llegó tarde: fué dominada y puesta en cautiverio. Cuando vió el cuerpo inanimado de Chañí, perdió la razón, y jamás volvió a recuperarla.

Retuviéronla algún tiempo entre ellos, los tobas, guardándola respeto y temor: creían que los locos estaban poseídos por un mal espíritu, vengativo y temible; y, por último, la libertaron persuadidos de que serviría de pasto a las fieras si intentaba regresar donde los suyos. Sin embargo, hizo la travesía de las selvas felizmente; y, avejentada, flaca, los ojos saltones y la cabellera hirsuta, reapareció una mañana en su antigua choza.

Desde entonces, mostró sentir implacable odio contra los hombres; provocábalos con injurias, y arrojaba piedras a cuantos se aproximaban a su morada: también gustábale perseguir urracas y sacarles los ojos; pero todas sus iras se aplacaban ante los niños, para quienes guardaba el tesoro de sus ternuras.

Murió siendo muy vieja, y Añá, para castigarla por sus maldades y brujerías, convirtióla en planta de pencas duras y punzantes, y de fruto ágrio como su carácter; pero no pudo amargarla por más empeño que puso en lograrlo. El dulce amor que sintió por los niños, quedó en su pulpa, que es refrescante, azucarada y sabrosa.

Y la planta lleva su nombre: "Caraguatá".

CAYULA - BAMBA

(Chivo Gran - Jefe)

(Leyenda Toba)

Los tobas son, por su desarrollo físico, robustos ejemplares de nuestros aborígenes, y actualmente elementos apreciables para las tareas de la zafra en los ingenios azucareros de las provincias del Norte; pero deben sus actuales hábitos de trabajo a la influencia de la civilización europea.

De ellos puede afirmarse que antigüamente no tuvieron virtudes suficientes para hacerlos simpáticos. Merecen, sin faltar a la verdad, ser calificados con todos estos adjetivos: ladrones, mezquinos, desconfiados, huraños, desleales, etc. Si se montraban dadivosos, era a la espera de mayores dádivas; y fingían amistad cuando se reconocían inferiores o impotentes; pero no eran estúpidos, sino sagaces, y llenos de malicia; y lucían más talento en cualquier pillería que en el mejoramiento propio.

Se les ha calumniado alguna vez, imputándoseles el cometer actos de canibalismo, la cual calumnia no importa desmedro para su fama de sanguinarios y vengativos, aún de las ofensas inferidas a sus deudos o amigos.

Hacían vida nómade, cambiando frecuentemente de residencia en el territorio del Chaco - Gualamba, y no penetraban, salvo caso de guerra, en tierras de otras tribus, sin pedir permiso al cacique que las gobernaba. Creían en la existencia de un ser supremo a quien denominaban "Yagüeé", que significaba "gran espíritu", creador de todo cuanto existe; y que las almas de los muertos iban a otras regiones, en lo alto desde las cuales podían verles y oírles, siendo en ellas, premiados con grandes cacerías, los valerosos. Algunas tribus tobas decían sin embargo, que no había otro Dios que Igualá — "el sol productor y quemador a la vez" — todo lo cual no les impedía tener otras creencias: temían a los malos espíritus, y usaban amuletos y fetiches bendecidos por sus brujos para contrarrestar el mal porvenir o mejorar la suerte. Estos brujos, adivinos, y a la vez sacerdotes y curanderos, eran siempre los pillos más redomados e inteligentes de la tribu, y vendían sus conjuros y la revelación de secretos.

No estaban los tobas muy atrasados en industrias, y sus útiles de alfarería, hechos de un barro especial formado en ciertos arroyos, y tam-

bien de madera dura, especialmente de palo-santo, así como sus mantas, redes, y bolsas, fabricadas con la fibra del chaguar en diversas clases de punto, revelan en sus dibujos, y colores de orígen vegetal, iniciativas y conocimientos nada vulgares. Sabían además utilizar la cera de las abejas, las resinas fragantes y medicinales que extraían de las plantas; y cultivar la tierra.

Era de buen tono entre ellos el mostrarse despreciativos con sus mujeres, de las cuales podrían tener tantas como pudieran mantener con el producto de su trabajo; amaban a sus hijos, y merecían de éstos mucho respecto. Si algún marido con más de una esposa no lograba subvenir a las necesidades del hogar, podía ser demandado de divorcio ante el cacique, quien probada la acusación, declaraba la nulidad del matrimonio, volviendo al estado célibre la divorciada, con derecho a contraer nuevas nupcias.

Cuando cortejaban existía en ambos sexos la costumbre de pintarse de azul la parte superior de las mejillas, sirviendo el tatuaje de los novios para que no pudieran proceder con infidelidad en sus amoríos. Esas pinturas llevaban algunos signos convencionales relacionados con el compromiso contraído, y tenían la misma finalidad que las iniciales entrelazadas en los anillos de los civilizados. La ceremonia del matrimonio, realizábase mediante un pacto verbal expresado en presencia del cacique y de los testigos, quienes,

no declaraban, por ser innecesario, sobre el celibato de los contrayentes: eran solo testigos del contrato. Conocían el sentimiento de los celos, y si comprobaban el adulterio de la cónyuge, el cacique ordenaba la disolución del matrimonio, con notificación verbal a los padres o parientes más cercanos de la culpable, a los cuales era entregada.

Cabe confesar aquí, que en punto a honestidad y a hábitos de trabajo, las mujeres eran superiores a los hombres, y se cuidaban más de la propia higiene. Valientes y fuertes, trabajaban con actividad admirable los toldos que constituían sus viviendas; acarreaban agua y leña sobre las espaldas, soportando cargas muy pesadas sin dejar de amamantar durante sus labores, a uno, y a veces, a dos chiquillos. Ellas cortaban cañas y hacían las flechas para la guerra y la caza; preparaban las pieles y telas destinadas a servir para vestimenta de sus maridos; y en las batallas, permanecían a la espectativa, dispuestas a cooperar recogiendo el botín, o a poner en salvo a sus pequeños, a los imposibilitados, y sus bienes.

A fines de 1536, el cacique toba Cayulaj-Bamba, fué informado por dos emisarios de los indios mbayás, de la derrota que en meses anteriores había inflingido Ayolas a los agases, en la gran batalla de Guarnipitán, junto a cuyo lugar fundó un fuerte, denominándolo de la Asumpción, el cual, transformado hoy en ciudad hermosa, es

capital del Paraguay; y de que los mismos guerreros de piel blanca y barbudos rostros, provistos de armas poderosas, y en son de conquistar tierras y someter a los nativos del Chaco, pasarían por sus dominios marchando por las orillas del río Parapití, hasta dejar la laguna Izogog a la derecha, internándose en las sierras Cambás, con rumbo al Perú.

De cómo pudieron los mbayás, conocer el proyecto, e itinerario de esta expedición, fué también averiguado. Los indios agases del Itá (piedra) pretendieron un día interceptar la marcha de los españoles en dicho lugar, recibiendo por su empeño sangrienta lección y completa derrota. Ayolas exigióles como trofeo de su victoria, la entrega de siete jóvenes indias, a su elección, para su servicio particular, y dos esposas para cada uno de sus doscientos sesenta soldados.

Destinadas estas infelices a la esclavitud y mancebía, fueron sometidas en los primeros tiempos de su cautiverio, a la más severa vigilancia, en previsión de posibles tentativas de fuga; pero eran muchas mujeres para esos hombres habituados, más a las aventuras militares que a la poligamia, y pronto se hartaron de ellas. Las favoritas, adoptadas como tales por sus amos, continuaron siendo bien guardadas, y descuidóse la custodia de aquellas que tuvieron la suerte de ser, o parecerles, más feas; y al encargarlas de oficios penosos, brindáronles oportunidad, que aprovecha-

ron, para huír del cautiverio, e internarse en las selvas en busca de tribus o naciones amigas a las cuales se incorporaron.

Durante el trato tenido con los españoles, lograron algunas de ellas enterarse de los planes de Ayolas, y los revelaron a los mbayás, indios valientes y guerreros, quienes proyectaron una confederación de pueblos, con el fin de disputar el terreno y hostigar en toda forma a los invasores. Fué sirviendo a este propósito que se presentaron a Cayulaj-Bamba sus emisarios, solicitando cooperación militar al plan general de ataque, no obstante existir, entre tobas y mbayás, pleitos sin dirimir sobre mejor derecho a ciertos campos de caza y lugares de pesca, por cuya posesión habían reñido más de una vez sangrientos combates fomentadores de arraigados odios.

Es muy posible que Cayulaj, confiando en sus prestigios, y halagado a la vez en su vanidad por los emisarios diplomáticos visitantes, o cediendo a su temperamento batallador, prometiera la adhesión de su pueblo al pacto propuesto; pero como no podía tomar por su sola cuenta determinaciones graves, hizo llamar a sus capitanes para resolver en asamblea cuál actitud convenía asumir en la emergencia, e inaugurándola con todas las formalidades acostumbradas, pronunció una brillante arenga, en la cual recordó el valor de sus antepasados, y el deber de guardar en propiedad, defendiéndola, la tierra donde sus huesos

éstaban sepultados. Informó luego al auditorio de la alianza solicitada por los mbayás, y pidió a los más ancianos y prestigiosos, que manifestaran sinceramente su opinión durante el nuevo acuerdo llamado a celebrarse al subsiguiente día, sirviendo el intervalo entre ambas sesiones, para que el asunto pudiera conversarse sin estar sometidos a las molestadoras exigencias propias de las reuniones oficiales. Tenía sin embargo este cuarto intermedio de la asamblea, otro fin para Cayulaj, y era, el de lograr por medios persuasivos, mayoría en favor de la alianza proyectada, pues había notado que fué la noticia muy fríamente recibida por varios capitanes.

Cayulaj era un guerrero que conocía prácticamente la topografía del Chaco-Gualamba. De niño, habíalo recorrido acompañando a sus mayores en cacerías, expediciones de pesca, y aventuras de pillaje; y cuando hombre, ya con reputación hecha de valiente y perspicaz, dirigiendo a los suyos en idénticas empresas, que cimentaron su fama de indio temible e inteligente. El hábito de mando, hízolo imperativo hasta la agresividad en sus palabras y modales; tenía la mirada escrutadora y felina, carácter reconcentrado, voz sibilante, y mano de hierro, Temido y no estimado, provocaba su actuación entre sus capitanes, rencores que no hacían explosión contenidos por el miedo. La forma de gobierno entre los tobas fué siempre patriarcal en tiempo de

paz, y los caciques no gozaban mayores derechos en tales circunstancias que cualquiera de sus súbditos. Cayulaj rompió con sus intemperancias la tradicional costumbre, y de ahí las prevenciones contra su persona, prevenciones que solo esperaban oportunidad para concretarse, y estallar en hechos capaces de hacer peligrar su cargo, y quizá su vida.

La alianza entre los mbayás y los tobas parecíale factible a Cayulaj, si él la propiciaba; pero juzgó oportuno obrar con cautela para lograrla, proponiéndose usar las buenas formas y el disimulo, a fin convencer a los jefes más altivos, de cuya adhesión a su persona tenía dudas; y usar las amenazas con los más tímidos, e iniciando la realización de tal programa, hizo llamar a su toldo a los capitanes Lachiriquín y Pasain, los más astutos y que no le inspiraban confianza, para obsequiarles, incitándoles de paso con buenos modos, y al parecer claras razones, a decidirse por la alianza con los agases, y por la guerra a los blancos, para la cual estaba de acuerdo — les dijo — el valiente cacique Colompotop. La amabilidad inesperada de Cayulaj sorprendió desde el primer momento a sus dos invitados, haciéndoles desconfiar, y la afirmación referente al prestigioso indio Colompotop, confirmó en ellos la sospecha de que su huésped no hablaba sinceramente, porque ya habían averiguado que los emisarios destinados para tratar con la tribu de Colompotop,

eran miembros componentes de la asamblea, y debían cumplir su misión, después de sellar el pocto con Cayulaj. Por otra parte, no podía tener aquél cacique noticias de los acontecimientos, ni de los proyectos por encontrarse mucho más al Norte. Limitáronse entonces a oír a su jefe, sin contraer compromisos, porque necesitaban "pensarlo mucho".

En estos conciliábulos pasó el cuarto intermedio de la asamblea, y Cayulaj abrigaba la confianza de haber batido en detalle a los partidarios de la abstención, por lo que resolvió convocar a aquélla nuevamente; y al declararla abierta, pronunció otro notable discurso señalando los peligros, que para las vidas y haciendas de los nativos, entrañaba la proximidad de los invasores; y exhortó a los concurrentes a resolver el asunto.

Pidió a continuación Lachiriquin la palabra, para exponer sus ideas, haciendo presente que hablaría en representación de muchos capitanes allí reunidos, por quienes estaba autorizado; y al nombrarlos, mencionó los antecedentes heróicos de cada uno. Tal exhordio alarmó sobre manera a Cayulaj, porque nada favorable a sus designios auguraba, y de ello pudo en breve convencerse escuchando al orador, decir, de la repugnancia que a la mayoría de los guerreros inspiraban los mbayás, de quienes hubieran esperado, antes que propuestas de alianza, explicaciones sobre ciertos

crímenes por ellos cometidos contra la propiedad y vida de los tobas.

Otros jefes que le siguieron en el uso de la palabra también manifestáronse partidarios de la paz, e insinuaron la conveniencia de dejar expedito el paso a los blancos, y trasladar la tribu a cualquier sitio interno de la selva donde pudiera estar a salvo de los peligros, ofreciéndose sin embargo ayudar a los mbayás; pero no para cumplir el compromiso, sino para alentarlos en la campaña, traicionarlos, y aprovechando el momento en que estuvieran debilitados por la lucha, caer sobre ellos, apoderarse de sus bienes, y saciar en sus prisioneros los odios que les inspiraban.

Cayulaj, no obstante sus antecedentes de hombre maligno, rechazó enérgicamente tal proposición, y fustigó con palabras de desprecio a los hombres cobardes, capaces de abrigar ideas de tal índole y emplear medios tan abominables para satisfacer venganzas dignas de ser olvidadas ante el peligro común; y apelando a un recurso que creía supremo sacó de su seno un "payé", ídolo de barro representando un ser grotesco y deformé, con cara humana, cabeza con cuernos, cuatro brazos y dos retorcidas piernas: en su eficacia confiaba siempre para el éxito de sus empresas, y no eran puestos en duda por muchos de sus hombres sus ocultos poderes, quienes atribuían la buena suerte de Cavulaj en los combates,

al uso del pequeño ídolo, del cual nunca se desprendía.

Algún temor causó en varios de los presentes la actitud de Cayulaj; pero quedó en breve disipado. El caso estaba previsto por Pasain, tan conocedor de estos recursos para engañar a las multitudes, como Cayulaj, quien sacando a su vez otro fetiche análogo, que traía oculto bajo su manta, expresó que era más poderoso que el otro, siendo la prueba de su superioridad, el haber en la asamblea mayoría de partidarios de la abstención que iponían. Corroboró su afirmación ofreciendo el testimonio de "Elcej-lopel" (loro flaco), el adivino más famoso de todo el Chaco-Gualamba,—al cual había comprado previamente, aunque se guardó de hablar sobre este punto,—concurrente como espectador a la reunión. Dirigiéndose Pasaín al nombrado, preguntóle cuál de los dos ídolos era más poderoso y traía más suerte.

—El tuyo — respondió sin titubear el adivino.

La ira invadía a Cayulaj; pero hubiera sido en menoscabo de su prestigio el demostrarla; y a fin de evitarse el mal rato, o temiendo no poder contenerse, se puso de pié, lívido el rostro, y murmuró: "Nuvej-Yapel-nujcholchoj" ("me voy, tengo dolor de cabeza").

Y se retiró sin permiso de la asamblea, siendo reemplazado en la presidencia por el "Nujquíhá" (el cacique más viejo), quien se limitó a

decir a los congresales: "los que quieran alianza, pasen a mi derecha; los partidarios de la abstención, a mi izquierda".

Todos los capitanes fueron a ponerse de pié a su izquierda. Los partidarios de la guerra habían cambiado de opinión, y Cayulaj, ya en su choza, azotaba a una de sus mujeres para descargar en alguien su mal humor.

Esa noche, consecuente Cayulaj con las manifestaciones hechas a los emisarios, y con sus propósitos, resolvió ausentarse para siempre de los suyos, e incorporarse a los nuevos amigos elejidos. Con ellos haría la guerra a los blancos, y si triunfaba, lograría alcanzar prestigios suficientes para llevarlos contra Pasaín, Lachiriquín, y todos cuantos le habían traicionado, porque obcecado como estaba, no le merecían sus capitanes otro calificativo que el de traidores, sin embargo de haber ajustado su conducta a lo que enseñaban las tradiciones tobas: respetar las decisiones de la mayoría. En este caso, el alzado era él.

Largas horas meditó antes de adoptar su resolución; en su cerebro bullían muchas ideas, pero predominaban las de venganza, y estas no le permitían marcarse con claridad la línea de conducta que debía seguir en el porvenir. Se encontraba en la disyuntiva: o permanecía entre los suyos disminuído en importancia y humillado, o se pasaba al enemigo.

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

Lo primero érale insoportable, dado su carácter altivo y rencoroso; lo segundo — bien lo veía —implicaba cometer una infamia; era renegar de sus antepasados no cumpliendo sus órdenes y consejos — y los muertos mandan también entre los tobas — y como la decisión tomada pondría en peligro su vida, y sus súbditos no le perdonarían la deserción, conveníale proceder con astucia. Al efecto maduró un plan mientras simulaba dormir en su choza.

En las primeras horas del día siguiente preparó un arco y flechas; colgó al cinto la maza que empleaba para la matanza de quiyás, (nútrias) e hizo otros aprestos para salir de cacería.

Y como una de sus mujeres lo mirase con ojos interrogativos, para disipar cualquier sospecha que abrigara, le dijo: "me voy a pescar y a cazar a una laguna cercana".

—¿Sólo? — preguntó ella.

—Rápido para la respuesta, contestóle Cayulaj:

—Me acompañará Ijuala (estrella).

Ijuala era una niña de doce a trece años, hija del cacique, y su preferida entre todos los demás hijos, por la cual demostraba siempre singular cariño.

Partieron ambos siguiendo el trillado sendero que conducía a unas lagunas donde solían pescar, pero no hicieron alto en ellas; siguieron con rumbo al Sud, hacia las tolderías de los mbayás.

Cayulaj, hizo durante la marcha, ciertos nudos en los pastos, y torceduras en los cogollos de algunas plantas, indicadores del itinerario que llevaba; no dudaba que al notarse su ausencia prolongada, saldrían comisiones a buscarlos, y alegrábase de antemano pensando en el gran disgusto de sus vasallos cuando se enterasen de su decisión irrevocable de renegar de todos ellos; porque el deshonor por la deserción de un jefe, alcanzaba a toda su tribu, entre los tobas.

Varias jornadas hizo, sin adelantar mucho: su pequeña compañera servíale de rémora.

Lloraba mucho ésta a causa del cansancio, y Cayulaj secaba sus lágrimas y la contentaba, ya regalándola conchas de nácar para adornarse, por cierto abundantes en los arroyos, ya trayéndola miel de guancoiro (abeja grande amarilla).

Sin embargo, a medida que se alejaban, Ijuala mostrábase más inconsolable. Cayulaj estaba aburrido de sus llantos, pesándole el haberla llevado en su compañía.

Una tarde, varios días después de haber atravezado ambos a nado un afluente del Bermejo, hicieron alto a orillas de La Caganyé, laguna grande, de aguas sulfurosas, cuyo nombre significa "tragadora de gente", formada, según vieja tradición, por un cataclismo terrestre: Ijuala lloraba, repitiendo su eterna pregunta:

—¿Dónde vamos, padre?

—A las tolderías de los mbayás, contestóle; y

ésta fué la primera noticia que tuvo la niña de los propósitos de Cayulaj.

No le era desconocida la mala reputación de esos indios, ni el odio que los suyos les guardaban; y quedó amedrentada, sin poder hablar.

De improviso, obedeciendo a un impulso, como una corza asustada emprendió la fuga regresando por el camino que habían traído; pero no fué lejos: trás de ella corrió Cayulaj, le dió alcance, y cogiéndola en sus brazos amorosamente trató de calmarla; y como le resultase vano su intento, le pegó con una caña frágil y liviana.

No acostumbrada seguramente Ijuala a tal severidad, sino a ser mimada por su padre, irguióse trémula de coraje; y, ofendida, gritóle:

—¡Traidor! ¡Traidor!

Cegado por la ira Cayulaj arrancó una rama gruesa de chalchal para repetir el castigo, visto lo cual, y asustada la indiecita, se internó en la laguna La Cangayé. Las aguas la tragaron. En balde la buscó Cayulaj registrando el fondo con sus manos durante toda la noche: no pudo hallar su cadáver.

Los tobas, extrañando la ausencia de Cayulaj, sospecharon de su conducta y despacharon comisiones en su busca, siéndoles fácil seguirle la pista, porque él mismo había dejado marcado el rumbo que llevaba. Encontráronlo a orillas de La Cangayé, "embrujado", es decir: loco.

Allí vivió algún tiempo alimentándose de fru-

tos del chañar, algarrobo y palta. A quienes se le aproximaban para darle conversación, los escuchaba abstraído como si no entendiera lo que se le hablaba, y rechazaba toda insinuación de apartarse de La Cangayé. Decía que en las noches serenas, oía en lontananza los llantos de su hija, a la cual veía por las mañanas, semioculta por la bruma matinal formada sobre la ondulosa superficie, caminar sobre las aguas; pero si entraba en la laguna en su busca, le gritaba siempre: ¡traidor! y no se atrevía a estar en su presencia.

Y, añaden los tobas, que surgió un día Ijuala como otras veces, entre la bruma, y al ver a Cayulaj vagando en la orilla, no le gritó ¡traidor! sino que le llamó ¡padre!; y que el indio, llorando de alegría, lanzóse al agua nadando hasta alcanzarla, tomóla en brazos y se hundió con ella en La Cangayé.

Cuando los vapores acuosos de la estación invernal se extienden como gasas flotantes sobre la laguna, reaparece Cayulaj en ellas envuelto, y llevando a Ijuala entre sus brazos se pasea; y en las noches tempestuosas, también se oye llorar a la indiecita. Los viajeros cuya ruta pasa cercana a La Cangayé, cazan charatas, y recogen frutas silvestres y miel, que depositan en la orilla para que ambos se alimenten; y también conchas de nácar y flores para adornos de Ijuala.

Las mbayás no pudieron interceptar la marcha de Ayolas, quien llegó sin mayores dificultades

al Perú, y regresó por el mismo camino; pero como la conducta de sus tropas durante el viaje no le proporcionó amistades, y sí odios, después que hubo atravesado el país de los tobas recibiendo demostraciones amistosas, éstos pusieron sobre aviso a los agases para que les prepararan una emboscada en sus tierras. Confiado el caudillo blanco en falsos informes de los indígenas, descuidó la vigilancia, cayó en la celada, y murió a manos de éstos indios con todos sus acompañantes.

LA CASULLA MILAGROSA

(Leyenda abipona)

Los abipones son indios chaqueños que, si no civilizados, sometidos habitan en la orilla derecha del Paraná, en el Paraguay

Estuvieron distribuídos en las misiones llamadas Concepción, San Gerónimo, San Regis y Nuestra Señora del Rosario del Timbó. Dividíanse en tres tribus principales que hablaban la lengua abipona y se subdividían en: naquegagüées, rücahées y jaconaigas.

I

En un hecho histórico, documentado en los archivos del coloniaje, involucran los abipones una tradición, por cierto nada extraña si en cuenta se tiene la ignorancia en que vivían, forjadora de teorías raras para explicar fenómenos que no

lo son. Todos los pueblos han recurrido a las causas milagrosas cuando no lograron desentrañar la verdad de los acontecimientos; aún los que se denominan cultos, echan mano de ese recurso. No debe parecernos raro entonces, que los abipones encontraran virtudes milagrosas en una casulla, mucho más recordando, que hay entre gentes civilizadas, quienes creen en el pan de San Roque, en la sangre de San Genaro, y en toda clase de reliquias capaces de obrar prodigios.

Transmitida oralmente de padres a hijos, narrábase todavía esta tradición a mediados del siglo pasado, por los pocos sobrevivientes abipones, ya incorporados a la civilización, y por los correntinos que con ellos tenían trato, pobladores después, en la costa occidental del Paraná, desde Corrientes hasta Bella Vista.

Referían la actuación de una vieja india, a la cual confió misión diplomática el gobierno español en la provincia de Corrientes, para desempeñarla ante los jefes de las tribus más guerreras del Chaco. Constan, repetimos, los servicios prestados por esa india, en documentos oficiales, y fueron ellos tan importantes, tan valientemente realizados con la generosa aspiración de contribuír al bien común sin interés alguno, que encontramos dolorosa injusticia en ver que en los archivos oficiales no se la mencione, y hasta se haya olvidado su nombre en la tradición que

recogimos. Hubiera figurado con verdaderos títulos para ello, en la historia nacional.

II

A fines de 1734 las invasiones de indios a importantes villorrios de la costa occidental del Paraná, repetíanse con harta frecuencia y fatales resultados para los cristianos Los guaycurúes atacaron durante ese año, el pueblo de Itatí, mataron a ocho vecinos cuyas cabezas llevaron en las puntas de sus lanzas, y arrearon con todos los bueyes y mulas de esa comunidad.

El 24 de Julio, cinco años más tarde, unidos abipones y mbocobíes, asaltaron el pueblo de Empedrado, distante doce leguas de Corrientes, lancearon a doce personas, cautivaron a cuatro, y después de saquear la población y una carreta cargada de mercaderías que hallaron a su paso, y, degollar a su conductor, cometieron otras tropelías.

El 7 de Octubre del mismo año, observaron igual conducta en la población denominada Ohoma, donde ultimaron a veintinueve vecinos, entre ellos al teniente cura de la iglesia, padre seráfico, Fray Antonio Alegre, y tomaron los ornamentos de los altares, los vasos sagrados, la custodia y el copón.

Análogas incursiones hicieron por las campañas de Santa Lucía, Itatí y Saladas, cometiendo crímenes, ante los cuales no podía permanecer indiferente el teniente gobernador de la provincia don Nicolás Patrón, cuyo celo en perseguir a los criminales valióle el grado de "Mariscal de campo", que le otorgó el gobierno de Buenos Aires con fecha 2 de enero de 1753, por tener entonces en su foja de servicios, treinta y dos campañas y muchas correrías contra los indios.

A mediados de 1734, ya había comisionado a los sargentos mayores reformados, don Juan Benítez y don Agustín Isaurralde, para que al mando de una partida miliciana, hicieran escarmiento en los salvajes, comisión desempeñada cumplidamente. Una madrugada llegaron en dos embarcaciones con sus gentes, y sorprendieron en una isla donde se habían guarnecido, a los indios que acababan de asaltar el pueblo Santiago Sánchez: los que no lograron huir de ellos, fueron muertos, recobrados muchos bienes que habían robado, y libertados varios cautivos, entre los cuales se encontraba el padre don Miguel Ferreyra.

Don Felipe Ceballos también les dió un buen golpe en 1744, y fué en esa fecha, y a raíz del acontecimiento, cuando una india de regular edad, hecha prisionera anteriormeente por los españoles entre indios abipones, y que habiendo sido bautizada mostróse llena de ardor cristiano,

se presentó a don Nicolás Patrón pidiéndole un caballo y que la pusiera al otra lado del río, y se comprometía ella a convencer y a hacer firmar la paz a los más poderosos caciques del Chaco. Aceptó el funcionario español los servicios ofrecidos, teniendo en cuenta la reputación honrosa que gozaba, puso en sus maletas, cuentas y abalorios para regalar a los indígenas y propiciarlos a su causa.

La india partió prometiendo estar de regreso antes de que se produjera la tercera gran luna, y cumplió puntualmente. Al llegar la fecha señalada hizo señales por medio de humos, convenidas de antemano, y pasaron a buscarla, encontrándola en compañía de los cuatro caciques más temibles del Chaco, con quienes se presentó a Patrón, para canjear cautivos y firmar el tratado de paz, que mientras ellos vivieron se cumplió.

Hasta aquí todo lo documentado en el archivo de la provincia de Corrientes, o mejor dicho en lo que de su archivo queda después de las exploraciones hechas en 1877, al parecer por manos de guaygurúes, dado lo poco que dejaron.

La parte de leyenda dice, que al llegar la india a la tribu del cacique Naré, uno de los que la acompañaron en su regreso y fué luego bautizado, vió con profundo horror y disgusto, a un niño de trece a catorce años de edad, cuya única vestimenta era una casulla de cura; obtuvo que le fuera entregada inmediatamente la

prenda en cambio de los aros de oro que lucían en sus orejas, y la guardó después de haberla limpiado y compuesto, porque mostraba estar en mal estado de conservación.

Algunos años pasaron y fuése a instruir en la fe católica a los abipones sometidos, a los cuales se les había dado por lugar de residencia, el campo conocido por "Las Garzas", y empezó entonces a tomar fama de milagrosa la casulla de la vieja; decíase que quien la usara a raíz de las carnes, expuesto al sol, y estando enfermo de viruela, sanaría rápidamente. También se supo que esa casulla fué robada en el asalto al pueblo Santiago Sánchez, por un indio mbocobí, quien la vendió a un jefe abipón, siendo su precio, una mula tuerta que tenía. Este jefe la usó como uniforme de gala en las asambleas y combates, y más tarde, encontrando quizá que no resguardaba bien sus desnudas piernas, la regaló a un hijo suyo, el mismo en cuyo poder fué encontrado por la india.

Pero una casulla robada por infieles, y que había resistido entre ellos mucho tiempo sin convertirse en guiñapo, no podía menos que poseer alguna virtud milagrosa, y se cayó en la cuenta de que su uso curaba de la viruela, y con tal fin fué muy solicitada en arrendamiento diario, que produjo buena renta a su propietaria.

Verdad es que no hay dicha que dure eternamente, y tarde o temprano debía cansarse la fortuna de acompañar a la casulla, para convertir

su fama de milagrosa en pésima reputación, que alcanzó a la vieja, la cual fué sospechada de ejercer brujería.

La peste de viruela se reproducía todos los años pues no se conocían los vacunadores oficiales entre los indios. Tampoco ahora se conocen. Muchos enfermos del mal había en la estancia "Las Garzas", y temiendo, el llamado "Terú-cué" que se contagiasen sus hijos, alquiló la casulla, ya usada por muchos enfermos, y se las hizo vestir por turno, durante unos días; y en vez de resultar inmunes, contrajeron todos la enfermedad y murieron.

Cuando la india fué a reclamar su prenda, el afligido padre la trató de bruja y de embustera, y no contento con ésto, le aplicó un golpe en la cara con el palote de pisar mazamorra, golpe de cuyas resultas perdió un ojo.

No fué esto lo peor, sino que en su presencia "Terú-cué", furioso, dió de puñaladas a la casulla y luego la quemó. El sentimiento que causó a la vieja esta acción, fué tan grande, que se encerró en su rancho para curarse y llorar, y no salió de él, sino envuelta en un cuero, cuando falleció.

Diéronla sepultura a pocos metros de su choza y como nadie quisiera habitarla en adelante, convirtióse en ruinas. Entre ellas durante la noche del dos de Noviembre de cada año, veían "los antiguos" ambular el equeleto de la anciana vestido con la casulla. Solo "Terú-cué" afirmaba que salía en busca del ojo que él le había hecho saltar.

EL CACIQUE ÑER

(Tradición Kaingüengüe)

Fué el territorio "del tape", poblado antiguamente por individuos de numerosas naciones, llegados de distintas procedencias, y que hablaban lenguas diversas; y la nación "Kaingüengüe", incluída por los etnólogos en la gran familia guaranítica, una de aquellas. Sus reales se extendían en la parte de nuestro territorio fronteriza con el Brasil, donde subsisten sus descendientes directos, hoy semi-civilizados, quienes encuentran ocupación de braceros en los yerbales y obrajes de madera, para cuyas labores son solicitados con empeño, explicándose la preferencia, tanto por las energías físicas que poseen, como por la disciplina en el trabajo, al cual se someten sin formular protestas.

Los jesuitas, al iniciar su plan de penetración y conquista pacífica entre estos nativos, fundando sus "reducciones", hicieron que cambiara en

el habla popular el nombre de territorios del "tape", por el de "territorio de las Misiones" que ha conservado definitivamente.

En los tiempos de los conquistadores, nada de extraordinario tenía el ser propietario de inmensas extensiones de tierras en América, porque entraba en las facultades concedidas por los reyes de España a sus Adelantados, — facultades que éstos podían delegar en sus inmediatos subalternos —el poder hacer merced de países enteros a los buenos servidores de la Corona. No extrañó tampoco a nadie, que en Octubre de 1588, don Alonso de Vera y Aragón (a) Cara de perro, Capitán General y Justicia mayor de Corrientes, donara a su inmediato Jefe, y tío, el Adelantado Don Juan Torres de Vera y Aragón, el actual territorio de Misiones, en premio a sus servicios, aunque las malas lenguas dijeran que "por gratitud a sus favores", puesto que nada había hecho el tal Torres, más que dar dolores de cabeza al rey, manteniendo continuas disidencias con las autoridades de Chuquiasca, donde desempeñó el cargo de Miembro de la Real Audiencia. Si llegó al alto empleo de Adelantado, fué porque don Juan Ortiz de Zárate que lo desempeñaba, al morir, delegó el mando en su hija doña Juana Ortíz de Zárate, residente en Chuquisaca, nombrando su tutor a don Juan de Garay, el Conquistador, con instrucciones de buscarle marido correspondiente a

su nobleza, siéndole designado para dueño de su blanca mano, el señor licenciado Torres, en quien se transfirió el gobierno y títulos de Adelantado, por ser el marido de la "Adelantada".

De suerte, que el actual territorio de Misiones, cupo en propiedad a este señor, con las naciones y pueblos en él existentes, hasta la tercera generación de sus pobladores; sus montes, aguadas, pesquerías y "cazadores" (así dice el decreto); pero es lógico suponer que se quiso decir cazaderos, o campos de caza.

Pocos, o ningún acto de posesión y dominio debió ejercer el agraciado en "El Tape", por imposibliidad material; y es muy posible que los Kaingüengües, de quienes hablaremos, nunca se hayan percatado de que tenían amo, ni de que, teóricamente, estuviesen despojados de sus bienes, por hallarse su nación ubicada en la tal merced A este respecto nada dicen sus tradiciones. La que narraremos, es la del cacique Ñer, quien hizo comer por primera vez el "tambú" a sus súbditos, y los inició en los secretos de la agricultura. (Citado por el doctor Ambrosetti, Boletín Científico Argentino).

Conviene decir previamente, que el "tambú", es un pequeño gusano, larva de una especie de mariposa que desova dentro de troncos de palmeras derribadas, a la que empieza la podredumbre por el meollo, ahuecándolas; y también

por la larva de otra especie de mariposa crepuscular, la "sphingedáe", que se desarrolla en el interior de las ramas gruesas de las tacuaras. Los Kaingüengües saboreaban este plato, al cual también se aficionaron los europeos empleados en los obrajes. Se comen crudos o cocidos los gusanitos, que son parecidos en su aspecto, a los que nacen en cierta clase de quesos; solos o mezclados con cualquier otro alimento, son muy apreciados por los gastrónomos de esas regiones, principalmente si las larvas son gordas, y esto ocurre cuando más próximos se encuentran a transformarse en mariposas.

Cocidas, dan un aceite transparente, que, al enfriarse, se pone blanquecino y turbio, y su gusto recuerda el de la manteca rancia.

Ya los Kaingüengües conocían la agricultura cuando llegaron los españoles, practicándola en forma rudimentaria. Empezaban por destrozar a golpes de maza los arbustos del terreno que destinaban a la siembra, y limpiábanlo de residuos, movían la tierra superficialmente, usando para esta operación puntiagudos palos, con los que luego hacían hoyos donde depositaban la semilla.

Ñer les indicó tal procedimiento, y la tradición al respecto es como sigue:

En época remota, cuando Ñer gobernaba en forma patriarcal a los suyos, transcurrieron seis grandes lunas sin que del cielo cayera una sola

gota de agua; ni nublados ni rocíos aparecían para calmar la sed de la tierra, en la cual un viento del Norte levantaba de cuando en cuando espesas nubes de polvo ardiente y enceguecedor. El intenso calor secó lagunas y manantiales, desaparecieron las aves y toda caza, y para colmo de tantas calamidades, la poca vegetación que hubiera podido resistir a la sequía, fué devorada por extensas mangas de langostas que cubrían el suelo y los árboles.

La tribu de Ñer, encontrábase por entonces aislada en el interior de una selva, donde se refugiara huyendo de los tupis, sus vecinos, y parientes cercanos, de feroces costumbres, quienes habíanle inflingido sangrienta derrota. Para no morir de sed, masticaban los indígenas, troncos de caraguatá, planta respetada por el acridio y que guarda siempre algún frescor; y para combatir el hambre, alimentábanse de lagartijas, único bicho viviente que allí se encontraba. Ñer mandó exploradoers a todos rumbos para que buscaran lugar favorable donde trasladar su campamento; pero muchos de ellos debieron perecer en la empresa porque no regresaron, y otros que pudieron hacerlo, fueron portadores de noticias desalentadoras; la langosta saltona marchaba a todos rumbos cubriendo la tierra y devorándose entre sí.

Ñer se puso muy triste viendo morir de hambre y sed a los suyos.

Un día repartió sus últimas provisiones a los enfermos y a los niños, y retiróse a su choza, resignado a morir de hambre; pero en ella le esperaban nuevos dolores: su hijo, apenas adolescente, lloraba porque no podía sostenerse de pié por la extrema debilidad a que le habían reducido las privaciones; tenía las piernas y brazos secos, ojos hundidos de afiebrado, y los huesos parecían querer agujerearle la piel. Contemplólo un instante Ñer, y viéndole que ya no podía llevar erguida la cabeza, huyó desesperado buscando sitio oculto donde llorar y dejar la vida sin ser visto de sus súbditos.

Echado sobre unos troncos viejos de palmeras esperaba su última hora, deseándola, cuando a su lado se posó una urraca, la misma que en época aún más lejana robara una brasa de fuego a los espíritus para dársela a los Kaingüengües, quienes aún ignoraban como se producía.

Parecía el ave fatigada como si hubiera hecho un largo viaje, lo cual no le impidió mostrarse locuaz como siempre.

—Qué te ocurre Ñer? —preguntóle— por qué estás así abatido?

—Cómo quieres que no lo esté — contestó — si mi pueblo perece de miseria... Acaso cabe otra situación de ánimo en tan duro trance?...

—Bah!... vosotros os morís de hambre por ser haraganes e ignorantes.

Que darías a quien te enseñara el medio de salvar a los tuyos?

—Nada me resta, sino un átomo de vida, pero gustoso la daría por ellos.

—La acepto; —dijo la urraca— ya veremos si eres buen pagador; y por lo pronto, mira, y come.

Y mostrándole el "tambú" en el tronco de una palmera se lo dió a probar.

Ñer satisfizo el hambre, y ya reconfortado impuso a la urraca una nueva condición, a fin de que su sacrificio resultara aún más útil a su tribu.

—Quiero —le dijo— saber un medio para que mi pueblo no vuelva a sufrir las calamidades del hambre.

La urraca, después de advertirle que no tuviera nuevas exigencias, se mostró complaciente, y le inició en los secretos de la agricultura; y alzando luego el vuelo desapareció en el espacio.

Ñer llamó a sus vasallos quienes probaron también el "tambú", encontrándolo delicioso y nutritivo. Desde entonces, constituye para los Kaingüengües el manjar predilecto.

Poco después llovió en abundancia, retoñaron los árboles, volvió la caza y fuese la langosta, y Ñer juzgó llegado el tiempo de pagar su deuda a la urraca, pero antes debía enseñar la agricultura a los suyos, para lo cual dióles sus instrucciones y puso manos a la obra.

Eligió terreno, mandó desmontarlo a golpes de maza y surcarlo con puntiagudos palos, y ter-

minada esta labor hízose atar al pezcuezo gruesas lianas, llamadas "isipó" por los nativos, y, con ellas, por su orden fué arrastrado sobre aquel suelo, hasta morir. Allí fué enterrado y fué su cabeza, la raíz del primer zapallo.

LAS BOTAS DE TARAYÚ

(Leyenda Tape)

GOBERNABA en 1647 las provincias del Río de la Plata el señor maestre de campo Don Jacinto de Láris, caballero de la Orden de Santiago, quien, deseando conocer de visu los progresos realizados por los misioneros en las reducciones, hízolas una visita de inspección, acompañado por lujoso séquito de españoles.

Hombre devoto, tanto de la religión católica como del rey Don Felipe, a la sazón reinante, donde quiera que llegaba preocupábase especialmente de la propagación de la fé, y de glorificar el nombre de Su Majestad haciendo jurar a los nativos el vasallaje, sin olvidar empero el hacer justicia, y a este respecto cabe reconocer, que no tuvieron queja de élla, quienes le presentaron reclamaciones.

A fines de Octubre del citado año, llegó a la reducción denominada "Nuestra Señora de la

Candelaria'' trayendo como intérprete a un tal Marcos de Vega, quien, por haber residido algún tiempo en el territorio del Tape — hoy Misiones — hablaba el idioma de sus nativos.

Acontecimiento trascendental fué esa visita para los pacíficos indígenas de aquella reducción, ya convertidos al cristianismo. No acostumbrados a ver personas tan distinguidas, y vestidas así lujosamente, con infantil alegría expresaban su admiración sincera, y no olvidaron durante muchos años la venida del Gobernador General, hecho que les sirvió a manera de mojón cronológico, o punto de referencia para sus recuerdos; no decían después, ''fulano nació en 1647, sino: ''Cuando vino el Gobernador General''; mengano se rompió una pierna, dos años después de la visita''; y apocopando la frase paulatinamente, suprimieron para mayor comodidad la palabra ''visita'', y era corriente oir: ''Perengana, parió después del Gobernador General''.

La estadía de Don Jacinto — así le nombraba con orgullosa jactancia de su intimidad, e influencia sobre su persona, su confesor, un reverendo franciscano tan abultado de carnes como rico en latines, y nosotros siguiendo su ejemplo, así le seguiremos nombrando, apeándole títulos y nombres, en obsequio a la brevedad. La estadía de Don Jacinto en La Candelaria duró más de una semana, porque el tiempo habíase puesto en agua, impidiendo las crecientes vadear sin peligro ríos y arroyos, y por estar intransitables los caminos, oportunidad que aprovechó el gobernante para desempeñar a conciencia su cometido, organizando la administración, pues encontró un pueblo relativamente rico, cuyas gabelas aprovechaban a los jesuítas solamente, y no era razón, que tanto Don Felipe, como él, se quedaran sin su parte.

Un buen día hizo citar por pregonero y por correos a los habitantes de los contornos, hombres y mujeres de todas edades, dispuesto a examinarles en religión, darles buenos consejos, hacer pagar sus salarios a los trabajadores que les fuesen debidos, e incitarlos a mantenerse en la piedad cristiana, en la quietud civil, y prontos al servicio de Su Majestad como leales vasallos; y luego, nombrar las primeras autoridades municipales de la reducción, de acuerdo con la voluntad popular y consejos de los jesuítas, para garantir el orden, la seguridad, y el mejoramiento moral y material de esos aborígenes.

No fué bien recibida por los misioneros esta última parte de su programa, no obstante haber manifestado Don Jacinto su intención de consultarles para hacer la distribución de cargos públicos. Hasta entonces, se habían sumado en ellos todos los poderes, pero la creación de autoridades civiles, por mucha dependencia a que pudieran someter a sus representantes, venía a complicar las funciones del gobierno. Hubieron de tran-

sigir, porque, por boca de Su Majestad hablaba el Gobernador a los jesuítas; y por la de éste su intérprete Marcos de Vega a los indios, y donde el grande manda, el pechero calla.

Llenados estos preventivos deberes, se produjo la anunciada designación de funcionarios, que recayó en los principales indígenas, los cuales no entendían el castellano, ni conocían la "o" por redonda. Alcalde de primer voto fué Don Pedro Quireí y de segundo Don Francisco Paré — alcaldes de la hermandad, Don Tomás y Don Cristóbal Querandí — alguaciles mayores, Felipe Albaroí y Juan Yacucá, capitanes Don Gerónimo Aranguaén y Don Ambrosio Cuarepú, capitanes de guerra, Don Juan Vará y Don Bartolomé Ayopó, sargentos, Esteban Arapí y Gabriel Tarayú.

Llamados estos vecinos a su presencia, se escribió en el registro oficial el acta correspondiente, que fué firmada por el Gobernador, el intérprete Vega, y como autorizante, por el escribano de Su Majestad, Don Gregorio Campuzano, y a cada uno de los nombrados se les enseñó a tomar la pluma y a hacer una cruz, que para el caso valía tanto como la firma, y juraron desempeñar el cargo lealmente diciendo: "Sí, juramos: Amen-quichú".

Sobrábanle a estos indios sus puntillos de vanidad, y viéndose investidos de mando, miraban por encima del hombro a sus hermanos de reducción, sin embargo de haberles preocupado un tanto el final del acta, porque en élla se especificaba que serían funcionarios públicos, todo ese año, y el venidero de 1648, porque pasado ese tiempo debían hacerse elecciones para reemplazarles, y estaban además obligados a concurrir para la confirmación de sus cargos, ante el teniente de Su Señoría en Corrientes, por caer la reducción en sus dominios, bajo pena de muerte si no cumplían esta disposición, y por otras faltas de menor cuantía, como las de disciplina, sufrirían pena de azotes y cortada del cabello.

Llamólos nuevamente a su presencia antes de seguir viaje Don Jacinto, y les refrescó la memoria sobre sus instrucciones, siempre por medio del intérprete, despidiéndose de ellos, no sin obsequiar antes a cada uno, un sombrero de paño y un par de "botas fuertes"; y con los sombreros puestos sobre las vinchas, y las botas colgantes de las manos, mirándolas con algún recelo, se despidieron del "rubichá-guazú" (gran jefe).

II

A Don Pedro Quireí se le subió el gobierno a la cabeza. Desde que recibió su nombramiento de alcalde de primer voto, quedó convencido de su propia superioridad, y tomó el oficio a pecho. Quiso establecer el respeto debido a su je-

rarquía, y para obtenerlo, ordenó que los nuevos funcionarios usaran constantemente las insignias y varas de justicia, y empezó por dar el ejemplo personalmente; y que todos los nombrados se aprestaran para emprender el viaje a Corrientes a fin de presentarse al Teniente Gobrenador requiriendo la confirmación ordenada del empleo, recordándoles de paso, que si el Capitán General les había regalado botas y sombrero, era para usarlos en las recepciones y actos públicos, y que con ellos puestos debían comparecer ante el superior.

El sargento Arapí fuése a comentar esta orden con su colega Tarayú, y convinieron, en que el uso del sombrero era práctico; pero no así el de las botas; ambos ensayaron caminar con ellas puestas, y los resultados obtenidos no los dejaron satisfechos: molestaban demasiado y dificultaban la marcha. No podrían usarlas sin padecer horriblemente, y Tarayú, de acuerdo con Arapí, con el sombrero calado y llevando las botas en la mano, presentóse en el despacho de Quireí, y olvidando la distancia gerárquica le dijo:

—"Ché", alcalde de primer voto: Sabés que son malas las botas, hacen daño en los pies, yo no las podré usar.

Mirólo el jefe, asombrado de su audacia, meditó un instante la respuesta y contestóle:

—Ante todo yo soy "don" y no "che". Tu

no tienes ese tratamiento del Capitán General, en el acta que firmamos: "marcá el paso entonces y conservá la distancia", y por ser ésta tu primera falta de disciplina no te impondré pena de azotes, pero te haré cortar el pelo, y después te pondrás las botas y las usarás hasta acostumbrarte.

Y a su llamado concurrireron dos milicianos, quienes se apoderaron de Tarayú, y no sin cierta complacencia, porque lo notaban orgulloso desde que fué nombrado sargento, le cortaron el pelo al rape, le hicieron poner las botas, y lo plantaron fuera de la oficina, por orden superior.

Marchaba Tarayú arrastrando los pies y avergonzado por la ausencia de su hermosa melena, cuando Arapí salióle al encuentro, y fué tanto el horror que le produjo verlo en ese estado, que compadecido le sacó las botas, y sospechando para él la misma suerte, siguió viaje con éllas por las selvas durante varios días, hasta llegar a la frontera donde vivían los tupís, entre quienes se quedó para siempre: no quería civilización con botas.

Durante el viaje y al atravesar un arroyo caudaloso perdió una, y tarde se dió cuenta de su falta por lo cual resolvió no buscarla; no le quedó sino la otra que utilizó en el resto de su vida para guardar "chicharrón trenzado", su alimento favorito.

Tarayú, pelado, con sombrero puesto y usando

las botas que dejó Arapí, viajó con sus compañeros hasta Corrientes, y todos ellos fueron confirmados en sus respectivos cargos por el Teniente Gobernador. Quireí, durante el tiempo que desempeñó su mandato, hizo cumplir las reglas del protocolo, y cuando debieron efectuarse nuevas elecciones, fueron todos elegidos, porque ya estaban acstumbrados a "ponerse las botas como funcionarios".

Algunos años después, bañándose unos chicos tapes en el arroyo donde Arapí perdiera una de las botas de Tarayú —arroyo que como otros de esas regiones tienen la propiedad de petrificar los objetos que en él se depositan— encontráronla convertida en piedra, y la llevaron a la reducción. Un indio fervoroso de una vírgen nueva que habían traído los padres, quiso depositarla en su altar como ofrenda, pero se opuso a ello el cura considerando indigno el objeto, de un lugar sagrado.

BODA TRAGICA

(Leyenda chaná)

No eran amables las relaciones existentes entre los chanaes, súbditos de Guazú-birá, establecidos en la márgen derecha del Uruguay, y sus vecinos, río de por medio, los charrúas. Viejos rencores con raigambre en sangrientos combates, aquellos siempre avivados por narradores de la tradición, mantenían entre ambos pueblos un distanciamiento tal, que llegaba al extremo de producir encuentros singulares, o de grupos, cuando surcando las aguas en sus respectivas embarcaciones, se ponían éstas a alcance de alaridos provocadores con golpetéo en las bocas, y a tiro de flechas. Desembarcar en la ribera opuesta a la propia, implicaba producir el casus-belli, haciendo peligrar la vida de los audaces, y más de uno cayó ultimado o prisionero. Este caso, traía aparejado como final, el sacrificio con tormento, en el que la víctima hacía gala de estoicismo para

el dolor, y de desprecio por sus adversarios; y los victimarios, de fruición, produciendo singular algazara, por la venganza satisfecha. En asuntos de esta índole, la ley de reciprocidad se cumplía estrictamente.

Más fuertes y belicosos los charrúas, llevaban siempre la iniciativa en el ataque, permitiéndose hacer incursiones con cualquier pretexto, o sin pretexto, en tierra de chanáes, para entregarse al pillaje y a la devastación. Vivían estos atemorizados, pero manteniendo activa vigilancia, apercibidos contra sus razias, siendo medida previsora tomada al producirse cualquier emergencia, la de internar en los montes lejanos a la costa, para ocultar en lugar impenetrable, a sus mujeres, niños, e incapacitados para tomar las armas.

Conscientes de su flaqueza, los chanáes peleaban casi siempre en retirada, escudando sus arqueros en las espesuras, y repliegues del terreno, no comprometiendo combate, sino con destacamentos aislados, inferiores en fuerzas y sin probabilidades de obtener socorro de los suyos. Así, los asaltantes, solo encontraban en su marcha los residuos de las tolderías, ya reducidas a cenizas por sus habitantes. Nada perdían estos, porque fácilmente las reedificaban; bastábales cortar ramas del bosque, pajas de totora en las lagunas, y con cueros de caza mayor, tras breve lapso, una

nueva población estaba fundada, y resuelto el problema de la vivienda.

Un día, Aramái, jefe de una patrulla chaná en servicio de descubierta dentro de los bosques costaneros, mozo fértil en recursos para sorprender y engañar al enemigo, exploraba con la vista el río. Indicios comprobatorios para sus ojos experimentados, hacíanle suponer la existencia de fuerzas militares movilizadas en el país de los charrúas. Denunciábanlas, aves de rapiña cerniéndose a gran altura, que describían en su vuelo, curvas entrelazadas avanzando lentamente, como si siguiera la marcha de legiones guerreras. La ausencia de piraguas en el río, y el silencio en la vecina orilla, contribuían a aumentar sus desconfianzas. Cuando el silencio se complica en la preparación de algún suceso grave, dice más que los rumores, y hace que el corazón martillée apresurado anunciando la proximidad del peligro. Para burlar la vigilancia del adversario, Aramai, cubrióse el cuerpo de ramas y de hojas arrancadas a la maleza, y arrastrándose lentamente llegó a la playa. De lejos parecía un pequeño camalote puesto en seco por la corriente. Su vista abarcó entonces amplio panorama, y pudo ver a gran distancia y en varios rumbos, densas columnas de humo.

—Mal se pone esto — murmuró entre dientes, como si temiera ser oído por alguién. Muchos tienen que ser cuando encienden tantas hogue-

ras, pero si se han propuesto llamar nuestra atención hacia este lado, para después cruzar el río más abajo, y atacarnos por sorpresa, chasco les espera. Es ardid propio de niños... lo cierto es que hacen concentración de fuerzas: las humaredas se extienden y congregan a todos los guerreros. ¿Qué se proponen estos canallas?

Y retrocediendo con las mismas precauciones que en su avance, desapareció un instante en la espesura, para reaparecer a horcajadas sobre la rama alta de un gigantesco higuerón, atalaya que le permitió divisar más lejanos horizontes. Pudo ver así en lontananza, una piragua tripulada por un charrúa, avanzar velozmente: y a medida que se aproximaba, aumentando al parecer de tamaño, le preocupó el examinar la indumentaria del viajero para hacer sus deducciones, hasta que satisfecho. descendió de su improvisado observatorio, y dirigiéndose a sus hombres, que le esperaban y trataban de leer en sus ojos la novedad reflejada, les dijo:

—Cuando el ñacurutú vuela de día, vé muy poco! Pronto sabremos qué viento nos trae uno de esos pajarracos de mal agüero. Ocultémonos donde podamos mirar sin ser vistos, y cargaremos sobre él oportunamente, a fin de cogerle vivo; y así nos pagará alguna deuda de sangre, proporcionándonos a la vez el espectáculo de su suplicio. una fiesta magnífica.

El charrúa llegó por fin a la orilla, saltó a

tierra y puso en seco su piragua, actitud desconcertante para los observadores chanáes, porque demostraba la seguridad de poder regresar tranquilamente, y entró sin titubear, como buen conocedor del terreno, a una senda que conducía a los toldos del cacique Guazú-birá (ciervo-brillante).

Marchó a largos pasos, canturreando, como si quisiera hacer notada su presencia y la falta de temor. Bien mostraba saber la astucia de los chanáes con tal conducta: sospechaba la existencia de espías que lo observaban, y simulaba confiar en la propia seguridad.

Tan franca entrada obligó a Aramai a colgar de su cinturón de cuero de carpincho, el acha de piedra que empuñaba, y saliéndole al encuentro, le interrogó:

—Tú-pá? — Mamó-pá-rejó? — Quién eres? —Dónde vas?

—Capitán charrúa y embajador de Anguyáminí. Vengo para hablar con tu cacique, traigo un mensaje del mío. (Anguyá, el ratón o chanchito de la india, de nuestras campiñas, miní, chico).

Las naciones constitutivas de la raza guaranítica, no se daban el nombre de guaraníes, porque la palabra "guaraní" y sus derivados, fueron incorporados al léxico de los aborígenes, después de la conquista, segun opinión de entendidos en el idioma que estos hablaban. No era el nombre de

la raza, sino toda una frase que traducida al español, significaba: "No soy enemigo" Guanáhá-ní, dijeron a los blancos, los primeros naturales que hallaron a su paso ne la Mesopotamia argentina, y éstos, interpretando la frase a su manera, al preguntarles qué país constituían, por la expresión del rostro y el accionar de las manos, entendieron que nombraban su raza, nación, tribu o estirpe, y dieron el nombre de "guaraníes" a los naturales, nombre que se extendió a todas las tribus de indígenas diseminadas al Norte del Río de las Conchas, delta del Paraná, Uruguay, provincias argentinas del litoral, Chaco Sur, Paraguay y gran parte del Brasil.

—Te saludo — replicó Aramai, mostrando la blanca dentadura con sonrisa de cruel—Anguyá-miní no es guerrero de gran talla, ni fuerte en manejar la lanza, ni para estirar el arco; pero le cuadra su nombre, porque sabe como el ratón hacer daño cuando siente hambre. Eres enemigo nuestro; no obstante, puedes marchar tranquilo. Has llegado solo, y desarmado como los embajadores; vé sin temor, y si mi compañía no te es molesta, iré a tu lado y charlaremos durante el camino.

—Bien; pero advierte, que siendo yo embajador, guardas poca cortesía para juzgar a mi jefe, a quien represento en tu tierra, y es entonces a su persona a quien directamente provocas. Yo vengo en misión pacífica, estoy en tus manos y en

la de los tuyos, desarmado; y no podría cumplir mi cometido querellándo ahora contigo. No faltará ocasión para hacerlo, ni la rehuiré, y acepto tu compañía, no gustoso, sino para que me vigiles a placer.

Ambos pusiéronse en marcha, seguidos a respetuosa distancia por los hombres de la patrulla. Convencido el chanáde que la lógica con la cual argumentaba el charrúa, era ilevantable, trató de ser más cortés; pero su habilidad, en trance de diplomático, era pobre, y a pesar de sus indirectas y del giro que imprimió a la conversación para arrancar al visitante algo referente a la misión que traía, no pudo conseguirlo, y esto aumentó el odio que sentía, cada vez más intenso, contra el representante de Anguyá-miní y los suyos. Solo pudo sacarle, que se llamaba Ñanduré, seguramente debido al largor exagerado de sus piernas y pescuezo, que hacían pensar en el ñándú. La partícula "ré" usada como terminación de un nombre, significa "fuerte", en idioma guaraní, y estaba bien aplicada para el caso, porque a pesar de ser enjuto de carnes el embajador charrúa, acusaban poderío sus músculos, hasta en sus menores detalles.

II

La presencia de Ñanduré en la población del cacique Guazubirá, puso como en efervescencia a

los habitantes. Contaba aquélla unas trescientas chozas, distribuídas irregularmente en una extensa abra del bosque, atravesado por tortuoso hilo de agua deslizándose entre sauces y matorrales hasta desembocar en el Uruguay. A todos rumbos la espesura de tacuaras, higuerones, talas, molles, y otros robustos ejemplares de la lujuriosa vegetación americana propia del clima templado, se extendía, resguardando a sus moradores de enemigas acechanzas, de los fríos vientos del sur en el invierno, y del aliento cálido y mal sano del Norte, en el estío.

En el exterior de las viviendas, pendientes de las paredes veíanse aparejos de pesca, útiles para servicios domésticos, toscamente modelados en barro cocido, armas de piedra tallada, chismes de todo género, y circulaban tranquilamente entre las gentes, aves y cuadrúpedos domesticados, exponentes de la fauna oriunda de la mesopotamia. El olor a charque de venado saturaba el ambiente, mezclado con otras emanaciones capaces de herir desagradablemente el olfato, como para demostrar en forma indubitable, que la salubridad entre los nativos no oponía más valla para su defensa, que la propia fuerza vital de ellos.

La agricultura era relativamente pobre: sembraban pequeñas parcelas de maíz y de mandioca; pero abundaban en cambio los frutos silvestres: ũbajai, gauaviyú, mbocayás, (cocos) y algarro-

bales, de suerte que la alimentación era sana, abundante y obtenida sin mayor trabajo.

Aramai, se excusó cortesmente ante el viajero, en llegando al pueblito, porque debía abandonar su compañía para anunciarle a Guazú-birá su visita, y haciéndole quedar a la espera de órdenes, se introdujo en la choza más amplia, y mejor cuidada que las otras, frente a cuya puerta veíase clavada en tierra una gran lanza, con penacho de cerdas y plumas teñidas de vivos colores, insignia del jefe su propietario. Permaneció dentro de ella durante breve rato, el tiempo indispensable para poder informar al cacique de la llegada de Ñanduré, y de la impresión poco agradable que su visita habíale producido, y asomando luego a la puerta, indicó por una seña llamativa hecha al parlamentario charrúa, que podía pasar adelante. Así lo hizo éste, y Aramai retiróse discretamente, para confundirse en el grupo de curiosos, de todos sexos y edades, que se habían reunido y hacían conjeturas sobre los motivos de tan misteriosa visita.

Larga fué la conferencia celebrada por los dos personajes, y sus fines y resultados, aunque por ambos guardados en secreto, sospechados desde el primer momento, y tranquilizadores para los chanáes, porque oyeron a su jefe impartir órdenes de matar un pecarí, para obsequiar con carne asada al embajador. Tal recibimiento hacía sospechar una comisión de fines pacíficos, o de

alianza, si bien la curiosidad pública no fué ámpliamente satisfecha hasta que Guazú-birá hizo invitar a algunos personajes notables de la tribu para hacer los honores al asado, y presentarles el representante charrúa.

—Ha llegado Ñanduré —les dijo— en representación de Anguyá-miní, para hacer proposiciones de alianza que deben oirse en consejo de capitanes. Partirán mañana emisarios a citarlos, a fin de que podamos celebrar asamblea en la noche de la gran luna, y cambio con él, la pluma de águila de mi penacho, por otra blanca del suyo, como prenda de amistad, y de que su vida, hasta nuevo aviso, debe ser respetada y defendida por los chanáes.

Y uniendo la acción a la palabra, efectuóse la ceremonia, cambiando entrambos las plumas de ave, insignías de sus respectivas gerarquías. y las colocaron enhiestas en las vinchas que ceñían sus frentes.

Desde ese instante Ñanduré tuvo inmunidades. La pluma de águila era simbólica y le protegía. Los guaraníes, especialmente las tribus de guaycurúes, decíanse descendientes de un águila gigantesca, cuyas alas extendidas constituían el cielo azul y cubrían el sol y los planetas. Tal antepasado creó el Universo repartiendo sus dones a los mortales: a unos les dió el agua y a otros la tierra; a estos las aves y a aquellos los peces; la agricultura a los hombres de las pampas, y la

caza a los de la selva, etc., pero por descuido inexplicable, olvidóse de guaycuruées y chanées al practicar la distribución, y como reclamaran de su mala suerte, díjoles la Gran Aguila: —"Os quejáis sin razón, vosotros sois los más afortunados porque teneis derecho a aprovechar todos los dones repartidos".

En virtud de tal beneficio otorgado, practicaban sin escrúpulo el robo, argumentando que no hacían sino aprovecharse de lo que legítimamente les pertenecía por mandato supremo. Para ellos no constituía delito el ser ladrón, siempre que el robo no fuera realizado entre miembros de la misma tribu. Es de suponer que el mito del Aguila, tiene orígen en el temor a las fuerzas superiores de la naturaleza, relacionadas con los fenómenos meteorológicos.

*
* *

Sucedíanse diariamente los festejos en honor del embajador charrúa, y de los jefes chanáes que de lejanos lugares iban llegando, convocados para la asamblea, y el trato diario iba mostrando a Ñanduré, que no serían fáciles de extinguir los viejos odios hacia los suyos. Si bien se disimulaba la antipatía con la que él mismo era mirado, dábase cuenta de la repulsión que produ-

cía en los chanáes, y les pagaba desde el fondo de su alma con la misma moneda.

Era práctica de la diplomacia indígena, no contradecir al huesped oficial; pero mostrábase éste tan orgulloso e inaccesible, que todos se alejaban de su lado. Aramai no quería tenerle cerca: acometíanle irresistibles impulsos de pegarle con su bola de piedra en la cabeza, y esta adversión convirtióse en odio profundo, cuando le vió cortejar a Iponá (linda), la hija del cacique. A los quince años de edad no hay mujer fea, y esa flor de las selvas, llevaba su nombre a justo título. Ya había pasado por todas las pruebas a que eran sometidas las jóvenes de su estirpe, al convertirse de crisálidas en mariposas, y había hecho más, pertenecía en cuerpo y alma a Aramai, de quien era prometida esposa.

"Che ahú sen debe" — díjola un día Ñanduré, y sus miradas de lujurioso perseguíanla obstinadas, como si vieran a través del tipói, y se recrearan en sus curvas de carne morena.

"Che ahú sendebe" significa: "de buena gana te comería", piropo que pinta el ardor de las pasiones amorosas, sentidas por los guaraníes.

Y cuando Iponá, envanecida, hizo saber esto a Aramai, los celos torturaron su espíritu, y resolvió vengarse cuando Ñanduré no pisara tierra de chanáes, en la cual su vida érale sagrada.

*
* *

Llegó por fin el día de la "Gran luna" solemnizado con una comida de carnes asadas y beberaje de alcohol, extraído del maíz, y de las vainas del algarrobo, por medios primitivos. La afición de los salvajes a las bebidas espirituosas no era inferior a la que aún tienen los civilizados por otras análogas, quizá de mejor paladar; pero compuestas con ingredientes más nocivos.

Brillaba en todo su explendor la luna llena, tiñendo palideces en los rostros cobrizos y pintarrajeados de los indígenas semi-beodos, sentados en troncos de árboles dispuestos de exprofeso en ancho semi-círculo. Clavada en tierra, cada jefe puso a su lado, la propia lanza adornada con penacho de cerda de varios colores, distintivo personal usado. Las vinchas de plumas, rayadas de azul las frentes y mejillas, y congestionados los rostros por el abuso del alcohol, recordaban una reunión de demonios, esperando la hora de deliberar.

Guazú-birá y Ñanduré, sentáronse en una gran raíz de aguaribay colocada en medio del diámetro correspondiente al semi-círculo.

Inicióse el acto con una invocación al Gran Espíritu, encarnado, para los congresales, en la forma de Gran Aguila, y terminada esta ceremo-

nia, los guerreros danzaron un baile marcial, chuzo en mano; luego, a son de tambor, mujeres, niños, ancianos y guerreros, se entregaron a varias cabriolas figurando escenas de cacería: hubo quien rugió como tigre, hasta quedar ronco; oyéronse gruñidos de pecarí y bramidos de ciervo encolerizado; toda la fauna de tamaño mayor, fué reproducida en gritos y actitudes, terminando este número del programa en una algarabía infernal de gritos, golpeándose las bocas cada uno con las palmas de las manos, desafiando a "Añá", el mal espíritu.

Restableicdo el silencio, a una señal de Guazúbirá, despejóse el hemi-ciclo, y se pasó lista. Solo faltaba Yacaré-corá (lagarto fuerte, colorado) prestigioso caudillo, de cuya ausencia dió Aramai explicaciones a la Asamblea, informándola que la mujer de éste estaba enferma de parto, y mientras ella guardaba cama, también debía guardarla el esposo, para que no enfermara, y muriera el nuevo heredero.

La costumbre de la "covada" existente en algunos pueblos de Asia, y entre los lapones, también existía en ciertas tribus guaraníticas.

Justificada la inasistencia del nombrado, Guazú-birá, declaró abierta la sesión, pronunciando las siguientes breves palabras:

—Respeto y cumpliré el mandato de esta asamblea. Ha llegado Ñanduré, capitán charrúa y emisario de Anguyá-miní: le he dado asiento a mi

lado para que explique a los presentes las proposiciones que quiere hacer, y las ventajas que nos proporcionarán, si las aceptamos... Tiene la palabra Ñanduré.

Se puso de pié el aludido, y empezó su discurso:

—Guerreros chanáes, jefes en esta tierra occidental del Uruguay: bien sabéis que hombres blancos, llegados de lejanos países, han aparecido en la heredad de nuestros antepasados, de la cual quieren apropiarse, robarnos las mujeres y los hijos, matar a los guerreros, y exclavizar a los supervivientes. Disponen del rayo y del trueno para combatirnos, pero no son inmortales, ni tan valientes como nosotros. Han llegado para exterminarnos, y debemos defender nuestras vidas: la ventaja que les reportan sus armas, por llevar la muerte a gran distancia, solo puede neutralizarse con el mayor número de combatientes; unámonos todos contra ellos bajo el mando de Anguyá-miní, el gran cacique charrúa, cuyo valor y pericia bien conocéis, y haciendo acción conjunta, en una gran sorpresa podremos exterminarlos. Los huesos de nuestros antepasados, hollados por pié extranjero, claman venganza, dentro de los cántaros de arcilla en que están sepultados, y Ñandeyara, el Gran Espíritu, nos protegerá en la empresa porque es justa.

Ved mi mano izquierda; faltan de mis dedos dos falanges; hélas perdido defendiendo a mis

hermanos caídos en combates contra los blancos: mirad las espinas introducidas, tras las uñas de mi derecha: cada una representa un pariente inmolado. ¡Venganza, chanáes, venganza!

Y el orador extedía las manos, mostrando estar de luto, con las espinas clavadas en sus dedos.

El silencio sucedió a tales palabras, solo interrumpido por el canto de algún grillo, o el susurro del viento en la espesura. Las nubes pasaban rápidas impelidas por alta brisa, ocultando a intérvalos la luna.

Inmóviles, semejando grotescas estatuas de barro, los jefes indios meditaban hasta que Aramai, con voz trémula, como si temiera la respuesta, preguntó:

—¿Qué garantía nos ofrecen los charrúas sobre el posible éxito de la empresa, y sobre el cumplimiento de sus compromisos con nosotros?... Si derrotamos a los blancos, más fuertes y acostumbrados a sus depredaciones en nuestras tierras, ¿no querrán los charrúas como siempre, esclavizarnos? ¿Podemos creer en sus palabras después de habernos engañado tantas veces?

Habíase erguido Ñanduré al oirle, y mirándole con pupilas inyectadas de sangre por la cólera, le interrumpió con alterada voz:

—¿Quién eres tú, chaná ladrón, para atreverte a exigir garantías a mi jefe, poniendo en duda cuanto en su nombre afirmo?

—Tengo derecho a hablar en este concejo —

fué la respuesta — tanto derecho como cualquiera de los presentes, altanero charrúa, que para obtener yerba para el mate, tienes que hacer digerir las semillas por los chicos.

En efecto, en las regiones donde el ilex-paraguayensis, o los yerbales, no brotan espontáneos, empleaban los nativos para tenerlo, un medio original, que habían aprendido observando la naturaleza: daban a tragar a los niños, semillas de la planta, mezclada con miel; el aparato digestivo las ablandaba, y germinaban donde eran evacuadas: ni más ni menos que como se reproducen otras especies de la flora, por medio de aves que trasladan la semilla en sus estómagos, haciéndolas aptas para la germinación; pero el procedimiento daba tema para burlas, de origen guaycurú, en cuyo territorio existían yerbales naturales.

El giro agrio de la discusión molestó a Guazúbirá, quien ordenó guardar las formas parlamentarias, y que Ñanduré, diera respuesta cortés, a las preguntas formuladas por Aramái.

La cólera cambió del rojo al lívido la faz del embajador, pero, rápido para concebir venganza contra Aramái, y sabedor de sus amores con Iponá, dijo:

—Si hubiera sospechado que se haría este agravio a mi jefe, no habría aceptado la misión que desempeño. No estoy facultado para ofrecer, ni para negar garantías; pero como prueba de

nuestras buenas intenciones para con los chanás, y de que estamos deseosos de la alianza, seré yerno de Guazú-birá, si me concede por esposa a su hija Iponá.

Todos, y principalmente Aramai, quedaron consternados por este pedido hecho en forma tan inesperada. Una negativa rotunda a esa pretensión, podía considerarse grave ofensa y provocar como consecuencia la guerra, para la cual no estaban preparados los chanáes. Guazú-birá guardó silencio, quedando sin poder atinar a la respuesta. Emparentar con charrúas érale repugnante; por otra parte, ningún chaná, y menos siendo cacique, concedía una hija en matrimonio sin discutir la dote. Uno de los jefes quiso salvar la situación diciendo:

—Muy cara haz de pagar a Iponá, si te la dan.

—Y además, no te quiere —añadió otro— porque ama a un hombre de nuestra tribu, y éste ya la ha poseído.

—Mbaé-pá-cheve! — Qué me importa! — fué la respuesta del charrúa, haciendo un cínico levantamiento de hombros. Y notando que la opinión general le era desfavorable, prosiguió dirigiéndose a Guazú-birá:

—Esta asamblea nada tiene que resolver en cuanto al pedido de matrimonio; puede entender en las proposiciones de alianza; pero carece de facultades para obligar o impedir que un cacique conceda o no la mano de su hija. Dame a Iponá

por esposa, y te daré arcos y flechas, con puntas de espinas de dorado, suficientes para todos tus guerreros.

—Arcos y flechas nos sobran.

—Agregaré pieles de tigre, de ciervo, y de zorro.

—No precisamos.

—Y tendrás una armadura de metal, que arrebaté con la vida a un jefe blanco; en la coraza resbalan las flechas, y en el casco se quiebra el hacha de piedra sin abollarla. Ella permite entrar y salir del combate sin peligro para la vida. No tiene igual trofeo ningún cacique, y hasta Anguyá-miní lo envidia.

La codicia hizo brilar los ojos de Guazu-birá. Pensó que esta alianza con los charrúas contribuiría a aumentar su patrimonio, restándole los gastos de aprovisionamiento de las patrullas chanáes destacadas en la costa del Uruguay, y poniéndose a su vez de pié, dijo:

—Tendrás la mano de Iponá; la asamblea resolverá lo concerniente al pacto; y como la única objeción que se te ha hecho, es sobre la garantía en el cumplimiento del tratado, me constituyo en solidario de la palabra de honor empeñada por ti, como representante de Anguyá-miní.

Disolvióse el concejo, se retiró la concurrencia, el claror de la madrugada anunciaba el día, y en su asiento, inmóvil, meditando secreta venganza, solo quedó Aramai. Las plumas de su pe-

nacho estaban deshechas por el viento y el rocío, y más deshecho aún tenía su corazón, por el compromiso contraído por Guazú-birá.

El sol le sacó de su insimismamiento, y su fisonomía, mostró entonces la tranquilidad de una resolución irrevocable.

*
* *

No era Iponá mujer de carácter enérgico, y fluctuando entre el cariño primitivo, y el nuevo que se le ofrecía, con proyecciones de explendor; atormentada por los consejos de su padre, y ablandándose ante las galanterías, y magnificencias de los obsequios de Ñanduré, no concurrió más a las citas de Aramai. Tampoco éste dió muestras de disgusto; y, hasta justificaba su conducta:

—No puedo hacer nada en este asunto — dijo a quien le interrogó — es cosa resuelta y terminada. Mujeres me sobran, y debo callar, porque a Iponá se la sacrifica en bien de todos, y esto es justo.

La noticia de su actitud complació a Guazú-birá, quien le hizo llamar para agradecerla y pedirle que no intentase nada contra Ñanduré, a lo cual asintió, y encontrando a éste, le felicitó a su vez, y le brindó su amistad. Desconfiado el charrúa, no le creía. Algo conocía, o mejor dicho,

también era maestro de hipocresía. Juntos se les vió pasear por las selvas; más de una vez le precedió en la marcha, ojo avizor por si quería pegarle por la espalda, y hasta llegó a dormirse, mientras él velaba durante una cacería, y esto despejó toda prevención contra él.

Iponá estaba cada vez más gozosa por el cambio de porvenir, y cuando Ñanduré al regresar a su país, para dar cuenta a su cacique del feliz término de su misión, le prometió traerle, hermosos presente para el día de la boda, no podía contener su alegría. ¡Al fin mujer!

*
* *

La fecha se aproximaba. Un día los chanáes vieron llegar una escuadrilla de piraguas tripuladas por charrúas, y en la mayor de ellas, a Ñanduré, vestido con todos sus atavíos de guerrero.

El recibimiento que se le hizo fué expléndido; la satisfacción de Guazú-birá, extrema, al cobrar el precio de su hija; y mayor la de ésta al recibir de manos de su prometido, presentes, para ella de fabuloso valor.

Aramai también fué a saludarle, y charlaron como buenos camaradas.

Una noche, después de algún tiempo, Iponá desapareció de casa del cacique. No ignoraban los

indígenas que este hecho solo era un preliminar de la boda, y que al día subsiguiente se realizaría ésta, y así, cuando el sol alumbró, Guazú-birá hizo comparecer al charrúa a su presencia y le comunicó la ausencia de su hija:

—Está en mi poder — le contestó éste — salió de noche y no por la puerta, sino por un boquete abierto por mí en la pared de ramas. Tal es la costumbre que heredamos de nuestros antepasados, pero fiel a lo convenido, estoy dispuesto a casarme con ella, y voy en su busca para que celebréis oficialmente el matrimonio. Jefe supremo de la tribu, se sumaban en el cacique todos los poderes, sin excluir el divino, que aseguraba pertenecerle por ser descendiente directo de la "Gran Aguila".

Realizóse la ceremonia, caminando los novios sobre dos lazos de cuero de ciervo, formando un ángulo, cuyo vértice pisaba Guazú-birá. Al llegar a él, ordenóles poner una rodilla en tierra, y les espetó el discurso de práctica.

—Iponá — díjola — has salido de mi casa durante la noche para unirte a un hombre y constituir nuevo hogar; anda con tu elegido, y sé feliz a su lado. Desde hoy eres su mujer y su sierva: guárdale fidelidad, cuídale en sus enfermedades: prepara sus vestidos y comida; ama y cría con tu leche a los hijos que vengan de vuestra unión, y enséñales a venerar a sus antepasados, a fin de que los varones sean valientes guererros, y las

mujeres buenas madres y esposas: si así no lo hace, tu esposo te castigará.

Ñanduré: te reconozco como hijo mío y deseo muchos descendientes con tu valor. Tienes el deber de defender a Iponá de todos los peligros y no abandonarla: hazla feliz!

Aproximóse en seguida la adivina y curandera de la tribu, trayendo maniatado un pecarí, y alcanzando un cuchillo de piedra a Ñanduré, hundiólo éste en el pecho del animal y abriendo ancha herida por la cual introdujo su mano en tanto agonizaba, arrancóle pedazos del corazón y presentólos a la adivina, la cual observó atentamente lo sanguinolentos despojos, empezó a estremecerse y a lanzar alaridos salvajes mostrándose como si estuviera bajo un estado de gran excitación nerviosa, durante el cual, con entrecortadas palabras anunció que Ñanduré e Iponá tendrían muchos hijos, vivirían hasta muy viejos y serían temidos por sus enemigos. Estos pronósticos los hacía siempre, y la extensión de sus felices augurios estaba en relación directa con la importancia de los presentes recibidos anticipadamente por ella, de los contrayentes.

Procedióse luego al trabajo, — practicado por mujeres — de pintar rayas azules en el rostro de Iponá, atributo de su nuevo estado de casada, y empezaron las fiestas.

Aulló la multitud durante tres días de bacanal

sin freno, hasta que rendida por el cansancio y el alcohol se entregó al sueño.

Al quinto día resolvió Nanduré regresar a sus lares, acompañado por sus guerreros y por su joven esposa, iniciando al efecto los preparativos.

Aramai, a quien el alcohol de la orgía no había trastornado el cerebro, por haberse cuidado de abusar, aproximóse a Ñanduré en presencia de Iponá, y con modales tranquilos y respetuosos le dijo:

—He adornado con flores mi gran piragua, la cual pueden tripular ocho de tus remeros, y aún más si te parece; hazme el honor de trasladarte en ella: yo mismo la conduciré; tendrás con Iponá mayores comodidades que en otra embarcación cualquiera, y llegarás a los tuyos honrado como un gran jefe, Yo deseo conocer el país de tus guerreros, y permaneceré unos días en él, si me lo permiten, para estrechar relaciones.

Reflexionó Ñanduré un momento, y su cara mostró orgullo al contemplar humillado a su rival. ¿Qué puedo temer — se decía — rodeado por ocho de mis fieles? Y si Aramai viene arrastrado por su amor a Iponá, me será mucho más fácil deshacerme de él al otro lado del río.

—Acepto la gentileza de mi amigo Aramai — fué su respuesta.

Iponá torció el gesto, pero no osó hablar; ya era esclava más que esposa.

* * *

Arrancó la escuadrilla de piraguas rodeando la adornada para los jóvenes esposos y tripulada por ocho remeros charrúas. A proa de ésta, bajo un dosel de tejido, cubierto con flores de mburucuyá, iban los cónyugues: a popa, dando el rumbo con una pala, usada a guisa de timón, el capitanejo chaná.

Los gritos de despedida oíanse a lo lejos: ya estaban en el medio del río, y aún se notaba en la lejana orilla el grupo de amigos que los despidiera, cuando Aramai, que había colocado a sus pies una canastilla fabricada de carandaí y cerrada por tapas de cuyas junturas asomaban flores de ceibo, tomóla por las asas, y ofreciéndola a Ñanduré, le dijo:

—Aún no te he hecho mi presente de bodas, vá en esta canastilla; ábrela, y verás algo que nadie conoce, y que yo guardé siempre entre flores: es un amuleto maravilloso de cuya eficacia podrás convencerte fácilmente: asegura la felicidad!

Curiosa Iponá cogió la canastilla, abrió sus tapas, y al tiempo de introducir las manos, dió un grito de espanto y dolor, dejándola caer, y de ella salieron, corriendo furiosas por el fondo de la piragua, una docena de viboritas de las llamadas por los indios: "üguayapí", la especie más

venenosa conocida, que la mordieron, y también a Ñanduré y a varios remeros.

Aramai arrojóse al agua apenas escaparon los reptiles; pero atraída por los gritos de Iponá la curiosidad de los charrúas tripulantes de las otras embarcaciones, y viendo nadar al prófugo, sospecharon que algo grave ocurría y trataron de darle caza, consiguiendo rodearlo y aturdirlo de un golpe de pala en la cabeza, golpe que les pirmitió capturarlo fácilmente.

Pero no había remedio para las víctimas; el veneno del "üguayapí" es mortal y sus efectos rápidos.

Moribunda Iponá, sollozaba pidiendo regresar al hogar paterno, y moribundo también Ñanduré, ordenó que se cumpliera su voluntad.

Regresaron las piraguas, y ante los ojos asombrados de los chanaes que no se explicaban tan repentina vuelta, fueron desembarcados los cadáveres de Ñanduré, Iponá, y de seis remeros charrúas, y levemente herido Aramai.

Querían los charrúas supervivientes llevarle ante Anguyá-miní para que éste ejerciera justicia con él, pero no lo consintió Guazú-birá, cegado por el deseo de vengar la muerte de su hija, y ordenó en el acto el suplicio.

Mandó deshacer un tacurú, montículo de tierra donde anidan hormigas coloradas, y estaqueado sobre ese terreno, Aramai fué devorado por los insectos, rabiosos al ver destruída su vivienda.

Cruel fué su tormento; pero mayor el estoicismo con que lo sufrió. Mientras pudo hablar injurió a Guazú-birá: "no en balde te llamas venado" — gritábale — porque como el venado eres cobarde, y huyes de los combates. Odias a los charrúas y solo por interés y temor les entregaste tu hija. Cébate ahora en mí, no he de llorar ni suplicarte: pronto vendrán los blancos, y serán los charrúas quienes los acompañarán para expulsarte de estas tierras que no eres capáz de defender."

Enfurecido Guazú-birá, dióle un golpe de maza en la boca, deshaciéndole las mandíbulas y los dientes, y le arrancó la lengua.

*
* *

Tal fué el fin de Aramai y su profecía se cumplió. La muerte de Ñanduré dió pretexto a Anguyá-miní para reclamar los bienes entregados por la mano de Iponá, y retenidos por los chanaés fundándose en que su antepasado el Aguila, al crear los seres y repartirles los dones de la tierra, habíale autorizado a tomar lo ageno como cosa propia. Roto por este incidente el pacto de alianza, los charrúas esperaron pacientemente la oportunidad de vengarse.

Un día los chanaés oyeron tronar los arcabuces de los blancos, sintieron sus efectos, y yié-

ronse obligados a marchar en retirada hacia el Norte, abandonando para siempre la vieja heredad. Al llegar a orillas del Guayquiraró, en desórden, y con impedimenta de heridos, viejos, mujeres y niños, fueron atacados por los tapes en connivencia con los charrúas. Cayó Guazú-birá con casi todos sus guerreros; los prisioneros fueron ultimados, y las mujeres y criaturas repartidas como esclavas entre los vencedores, de acuerdo con las viejas prácticas, seguidas después por los blancos encargados de civilizar.

No quedan descendientes directos de esa tribu; pero la tradición entre los guaycurúes, sus vecinos y amigos, perpetuó esta historia, que algo enseña de la psiquis indígena. Sintieron nuestros aborígenes germinar en sus almas todas las pasiones: la del mando, la del odio la del amor, la de la patria, y la del alcohol, y por éllas derramaron su sangre. Desleales cuando les convenía, supersticiosos en razón de su ignorancia, y a la vez estoicos, altivos, valiente, van terminando por absorción de la raza superior, sus últimos exponentes humanos se baten en retirada contra ella, a orillas del Pilcomayo, en el alto Paraguay y en el Brasil.

LA INFLUENCIA JESUITICA EN LAS MISIONES

La influencia educadora ejercida por los padres jesuítas en los tapes, y en otras tribus guaraníticas del territorio de Misiones, a cuya instrucción se consagraran, no pudo ser oportunamente estudiada porque faltaban medios fáciles de comunicación, y sobraban peligros para llegar hasta sus pueblos. Sólo espíritus ávidos de emociones, aventureros sin bagaje intelectual, sólo obcecados por deseos de riqueza, o individuos maleantes, a quienes convenía guardar respetuosa distancia con la justicia central, llegaron a mezclarse con los pobladores de las reducciones, y fueron mirados con recelo por los padres, temerosos de sus malos ejemplos y levantisca prédica, relajante de la disciplina impuesta como régimen a sus gobernados, pero es posible todavía, si se examinan los documentos oficiales de esa época, apreciar dicha influencia, aquilatar el grado de educación alcanzado, y, se ana-

lizan los sistemas político y administrativo implantados, calcular el grado de cultura al cual pudieran llegar esos aborígenes, con educación mejor orientada, a no haber sido destruídas sus reducciones por los portugueses, y regresado ellos, como consecuencia, al estado primtivo.

Entre los papeles exhumados en 1877 del archivo de Corrientes, en busca de antecedentes históricos con los cuales argumentar en el congreso nacional contra el proyecto de ley sobre federalización del territorio de Misiones, encontráronse documentos probatorios, en forma indubitable, de que hasta 1827, si por las leyes del país estaban los indios misioneros incorporados a la nacionalidad argentina, gozaban en la práctica de verdadera independencia, reconocida por los gobiernos centrales, seguramente en fuerza de los acontecimientos que caracterizaron los caóticos ensayos de nuestra organización. Así se explica que pudiera el gobernador de Corrientes, don Vicente Ferré, en octubre 9 del citado año, recibir en pública audiencia a los caciques Irá, Bayaí y Guirayé, este último en calidad de secretario de los anteriores, y firmar conjuntamente un acta en la cual se dice: "Hemos convenido, ajustado y tratado, etc." que esos caciques con sus respectivos pueblos se incorporasen a la provincia de Corrientes, a la cual deseaban pertenecer como más inmediata, obligándose el

gobierno de Ferré, a protegerlos con los mismos derechos que disfrutaban los correntinos.

Quien lea detenidamente, notará, que los contratantes dicen "incorporarse" y no "'reincorporarse", despredíéndose, sin lugar a dudas, el concepto de ser este, un primer acto de adhesión al gobierno regular, y que en forma tácita, reconoció Ferré la independencia en que vivían organizados.

En la cláusula tercera del mismo tratado se agrega: "Los antedichos pueblos (San Miguel y San Carlos, de los cuales procedían los diplomáticos indígenas) se someten "desde ahora" a la obediencia del citado gobierno de Corrientes". Y en la quinta se aclara más la interpretación con el siguiente párrafo: "Los presentes tratados quedan ratificados desde hoy, día de la fecha, debiendo sacarse copia legal de ellos, y entregarse a las partes para su debida constancia

Así se trata de potencia a potencia.

Así se trata de potencia a potencia".

Las tribus de La Pampa se entendieron más de una vez con los civilizados; pero no usaban formas protocolares: simplemente parlamentaban. Cuando ignoraban el castellano, sus caciques servíanse de un "lenguaraz" como intermediario, para discutir con los jefes del ejército empeñados en la conquista del desierto, y si alguno de aquellos se presentó en Buenos Aires, fué des-

pués de sometido, siempre en actitud mendicante, y para ser despedido con cualquier insignificante obsequio, y bellas promesas nunca cumplidas. Estos tres caciques misioneros sabían firmar, exigían copia legalizada de los tratados, informaban a sus vasallos de su cometido, y no usaban oficialmente el título de "caciques"; decíanse "administradores de la renta de sus estados, representantes, corregidores y padres subalternos de sus repúblicas". Muy españoles en el uso de títulos honoríficos.

Estipularon la incorporación de sus pueblos, exigiendo ser admitidos con todos los derechos y prerrogativas otorgados a los demás habitantes, sin solicitar tierras, ni dinero, ni otras mercedes, no obstante haberle inducido, según afirmaron, a dar tal paso, la miseria en que se encontraban, y la necesidad de protección para sus vidas y haciendas, contra las depredaciones de los uruguayanos. No en otra forma proceden los pueblos más civilizados cuando los mueve el instinto de conservación.

Cuando Irá y sus dos compañeros regresaron a San Miguel, plenamente satisfechos del éxito alcanzado en su misión diplomática, publicaron un manifiesto denominándolo "circular", para instruir al pueblo de su cometido, e hiciéronlo fijar en los parajes públicos. De esto se deduce que el anafabetismo distaba mucho de ser absoluto en las sedes de sus gobiernos. Aun debe conservarse en el archivo de Corrientes un original de esta circular, firmada por Irá, Bayaí y Guirayé, escrito en guaraní, intercalado con palabras y frases en castellano, incorporadas por la civilización al léxico primitivo. Y no afirmamos categóricamente la existencia hasta hoy del documento citado, por cuanto es "voz corriente" que al archivo oficial de esa provincia, y a los de todas, han entrado muchos ratones, algunos con guantes; pero podemos comprobar que hasta 1827 no lo habían tocado, y que transcripto dice así:

CIRCULAR:

Hermanos ciudadanos Paranayguá: — Opá catú i mboyerobiácatupuy, humildemente a itybo co che ñé,e Circularpype, al grito al momento a-hechá-maramoñá-cañimbápota, péteí mócoí ñandé Paisanos cúlpas-rehe.

"Hermanos, ciudadanos Paranaenses: — Es dentro de toda vuestra confianza que os dirijo humildemente la palabra por medio de esta mi Circular al grito... en el momento de ver que todos vamos a perdernos, por las culpas de dos de nuestros paisanos."

Hermanos — ndicatubéima ya sufrí este mal manejo, las desdichas, calamidades.

"Hermanos — ya no es posible que suframos más este mal manejo, desdichas y calamidades."

Hermanos ya ipeá ñandé, r'esá. O pomo manduá el primer día de desgracias o-iquey pihagüe, los pueblos de Misiones, Paraná arriba háe los Pueblos Uruguay-cotí.

"Hermanos: abramos ya nuestros ojos. Os hago acordar de aquel primer día de desgracias — de haber comenzado a entrar en él los pueblos de Misiones, del Paraná arriba y de hacia el Uruguay.

O-pá catú o-cañi ñandétaba quince Pueblos, 1817 años pype, a 12 de setiembrerupí.

"Acabaron de sucumbir totalmente nuestros hogares de quince pueblos, en los años de 1817, allá por 12 de septiembre.

Los Paisanos Uruguay-yguar'etá, ogüé-ro-iqué revolución ñandér'atáme. Diez años cumplidos ma ya rohasá padecimientos; háe co año 1827 a 12 de setiembrepype, ya yohuypi che vótorupi háe pendé vótorupi ya hecaháguá Provincia de Corrientespe a-gueyi bo a co superior gobierno r'endápe dos representantes rehebé el señor cacique principal don José Ig'no Bayáy el señor secretario don José Ig'no Guirayé. Dios mediante oro-consegui a la protección de aquel Gobierno, de la ciudad de Corrientes.

"Nuestros Paisanos los Uruguayanos, habían introducido la revolución en nuestro país. Ya van diez años cumplidos que sobrellevamos los padecimientos, y dentro de este año de 1827 a 12 de septiembre hemos acordado según mi voto y el vuestro, buscar la protección de la provincia de Corrientes, presentándome ante el Superior Gobierno de ella con dos representantes más, el señor cacique principal don José Ignacio Bayaí y el señor secretario don José Ignacio Guirayé. Dios mediante conseguimos la protección de aquel gobierno de la ciudad de Corrientes."

Hermanos — ya yohú ñandé felicidad de nuestra provincia y los habitantes hermanos.

"Hermanos — encontramos nuestra felicidad, la de nuestra Provincia y demás habitantes, nuestros hermanos."

Pe-hechámа nicó, opába hermanos, nda ya-recoi amparo: indefensos!

Pe-hechámа nda-yarecói el primer necesidad un Pastor espiritual.

Pe-hechámа justicia i mbaraetébae nd'i-pori.

Es un Gobierno co-ñandé Provinciape, pe-hechámа abé, ñandé Padre de República, subalternos, ya-yapó moáramo Justicia por la ley de Dios, la regla de la Religión Critsiana, ñandé perseguí: aménazo o ití Justicia, los Paisanos Uruguay- guá árí, o-ibaé cué sobre las armas.

"Ya lo véis, Justicia que sea fuerte, hermanos: no tenemos! amparo; estamos indefensos!

Ya lo véis que no tenemos ni un Pastor espiritual, nuestra primera necesidad.

Ya lo véis, Justicia que sea fuerte, no hay.

Hay un Gobierno tal en nuestra Provincia, como lo observáis también, que cuando nosotros los Padres de República, subalternos, pretendimos hacer justicia según la ley de Dios y la regla de la Religión Cristiana, nos persiguieron amenazas dirigiendo a la Justicia los Paisanos Uruguayanos que habían estado entonces sobre las armas."

Pe-hechá-ó-páma ñandé hermanos; o-pa i ñi intereses: o pá regalos vicios; o-pá desórdenes cué, escándalos, robos, o-pá o-yo cucá.

"Ya lo véis — se han concluído nuestros hermanos; acabáronse sus intereses, todo como consecuencia de los regalos, vicios, desórdenes y robos: acabaron de matarse entre sí."

Pe-hecháma o-güe-ro i-quebae la ruina ñandébe he-ihagüérami ñandé Dios; *"momentaneum enin quod lectat, oeternum quod excruciat"*; t'ecó h' ori curi te i guá ré o meé t'co ácy apyreí. Cobaerupi o guatábae cué, ñandé Paisanos rétá de Armas, Uruguay-gua r'etá, opá catú ya-hecháma.

"Ya lo véis, lo que acarrea la ruina, tal cual nos lo había significado Dios: **"momentaneum enim quid delectat, oeternum** quod excruciat": **lo feliz de la vida es muy transitorio y lo mucho que mortifica es sin fin.** Es de ese modo que se han conducido nuestros paisanos de Armas los Uruguayanos, como muy bien lo hemos visto todos.

Ah hermanos míos. — Vamos a labrar de nuestro Páis la gloria; ya recé yayoyuhá güerche la protección de la Capital de Corrientes.

"Ah hermanos míos! — Vamos a labrar la gloria de nuestro país, por haber encontrado protección de la capital de Corrientes."

Nosotros huérfanos, desamparados, ya-recoma un árbol de laurel i sómbrape opa-catú ñañemóibo.

"Nosotros, huérfanos desamparados, ya poseemos un árbol de laurel, bajo cuya sombra nos resguardaremos."

Cobae a-moíibo ñandé, v'—esá, v'enondé, opábe Caé opábébae oicuaháhagua, o-ye-publicá, o moihaguá los lugares todo el Pueblo o hecháhaguá para eterna memoria.

Para exponer lo expresado ante vuestra presencia, y para que lo supiera el mayor número posible se publica esta circular que se ha de fijar en lugares para que todo el Pueblo pueda verla, y para eterna memoria.

Viva la Patria, mil veces! Viva nuestro Protector y Defensor el Gobierno de la Capital de Corrientes!

Cuartel General de la Administración del Despacho de San Miguel y San Cárlos a 16 de Octubre de 1827 años.

José Ramón Irá, José Ig'no Bayáy, José Ig'no Guiray'e, secret.

La cita en latín, causa cierta cultura en los caciques tapes, no mostrada por más de un presidente o dictador sud americano del corriente siglo, que habrá dado a ganar muchos pesos a sastres y bordadoras de entorchados, lo cual es compatible con el conocimiento paupérrimo de las lenguas muertas.

El implantamiento de la publicidad como sistema, para las resoluciones oficiales, por medio de carteles fijados en los parajes públicos, es de práctica en todos los países civilizados; verdad es, sin embargo, que en el orden administrativo no pecamos nosotros en abuso del sistema, y quizá ocurriera otro tanto entre los tapes. Y oportuno es ahora recordar, que el consumo de papel y tinta puede servir a la estadística para calcular el grado de cultura alcanzado por los pueblos.

Por su forma y mesura, no acusa la proclama al mandatario en cuya persona se suman todos los poderes, ni siquiera al jefe-patriarca, de consejos oídos y acatados respetuosamente como órdenes emanadas de la sabiduría experimental, y el prestigio de las virtudes y de la ancianidad. Diríase más bien que entre los indígenas de las reducciones, las jerarquías estaban organizadas a la inversa de las de otros pueblos. Los ciudadanos eran "hermanos". Sus jefes les dirigían la palabra, escudándose en la confianza que ellos les dispensaban, y daban cuenta "humildemente" de sus actos, para cuya ejecución hacíanles previa consulta y solicitaban estar autorizados. "Hemos acordado, dice Irá, según mi voto y el vuestro". No sin razón decíanse "padres subalternos de la república".

Pero esta redacción alambicada en humildad no comprueba la existencia de formas democráticas en el gobierno: sólo muestra el cuño jesuítico que puso su sello en el carácter de los nativos, y como la cita de marras, el título de "hermanos" y el advervio "humildemente", parecen la huella de jesuitismo más nítida, dejada por los misioneros a su paso por el territorio.

Don Francisco Javier Lagraña, nombrado en noviembre 5 de 1827, casi a raíz del tratado, jefe del departamento San Miguel, espectador de los usos y costumbres de esos aborígenes, comunicó al gobierno, que notaba en ellos graves defectos y vicios los que juzgaba indispensable ir cortando poco a poco, a fin de restablecer el orden y fomentar la afición al trabajo.

Lagraña escribía como hablaba, y le pertenece el siguiente párrafo de un informe oficial. "El primero que a mi ver se debe remediar, es la exclusión del Cabildo y Corregidor donde se ocupan una porción de mandones, que éstos lo que hacen es servirse de otros muchos infelices privándoles de sus trabajos". Y aquí una pregunta: ¿es necesario decir que el autor de esta nota era correntino?... Seguimos: "Y que pueden

conchavarse, ya entre estos pobladores, ya entre de otros partidos que vienen a solicitarlos", y por final agrega: "Que la juventud se dedica con demasiada pasión a fiestas, músicas y bailes". La acusación nos hace sospechar que cuando fué nombrado jefe de San Miguel el señor Lagraña, ya no era joven, y sabía algo de reumatismos; pero, si nos equivocamos, a buen seguro que no le faltaría alguna dispepsia. Suele ser este mal, irreconciliable con la sociabilidad, principalmente si su cultura se manifiesta en forma coreográfica y filarmónica. Pero el comentario no es óbice para que dudemos de sus afirmaciones. Por otra parte, como los andaluces, creemos que hay gran diferencia entre mentir y exagerar.

Existiendo Cabildo y Corregidor, había clase dirigente, como la hay en cualquier sociedad organizada, y si en ella mandones, no era de extrañarlo, dado el origen de la civilización adquirida. Las constituciones jesuíticas guardan analogía con las ordenanzas militares españolas. Ignacio de Loyola, ex soldado, no logró trasmutar su espíritu al enfundar su cuerpo en la sotana, y reclutó un ejército para mantenerlo siempre en pie de guerra luchando contra la herejía. El régimen de disciplina y obediencia por orden jerárquico, dió nervio a sus huestes, haciéndolas poderosas, ¿y no habían de seguir las lecciones del maestro en las reducciones?

Antecedentes recogidos en el mismo archivo de Corrientes no dejan lugar a dudas sobre las causas que motivaron el pedido de incorporación a dicha provincia, tramitado por los caciques de San Miguel y Loreto. Ferré pactaba con el gobierno de Entre Ríos medidas de seguridad para los territorios respectivos, y ambos celebraron un contrato de alianza ofensiva y defensiva para combatir a los cuatreros y asesinos que infestaban ambas provincias. Las especies circuladas a propósito de este proyecto convencieron a los tapes, no tan sólo de la inminencia de sentir el peso de la autoridad legalmente constituída, quebrando la independencia que disfrutaban, sino también, de las ventajas que las reportaría el estar incorporados a un gobierno fuerte, con sujección al nacional.

A él se entregaron para obtener seguridades, anticipándose a un sometimiento obligado, a cuyo fin iniciaron su feliz negociación diplomática, la que, aún cuando no lo estipula en sus cláusulas, venía a poner un manto ocultador sobre el pasado, en momentos de iniciarse la policía territorial pactada, y es de suponer que no les faltarían a los tapes, cuentas a saldar con la justicia, según Lagraña informa. De una investigación amplia, no hubieran salido como el armiño, sin manchas en el nevado traje. A pesar de la cultura demostrada, la influencia ancestral, las leyes atávicas, predominaron de nuevo anulando

la influencia jesuítica educadora de la masa popular. Y así, despréndese, que la circular de referencia, trasunta hipocresía; pero si ésta existía de mucho antes en la raza, no fué combatida, sino fomentada por los misioneros.

Pero tal antecedente, nada dice en contra, sino en pro de la capacidad intelectual de los tapes.

INDICE

	Pág.
Prefacio	5
Yasí (tradición guaycurú)	13
El Yahá (leyenda guaycurú)	21
Caaí-Cobé (leyendo mbocobí)	31
El Timbó (leyenda timbú)	39
Los Mbopís (leyenda guaycurú)	43
Caraguatá (tradición de "agases")	49
Cayulaj-Bamba (Chivo Gran-Jefe) (Leyenda toba).	59
La casulla milagrosa (leyenda abipona)	77
El cacique Ñer (tradición kaigüengüe)	85
Las botas de Tarayú (leyenda tape)	93
Boda trágica (leyenda chaná)	101
La influencia jesuítica en las misiones	129

Biblioteca Digital Curt Nimuendajú - Coleção Nicolai
www.etnolinguistica.org

FXX